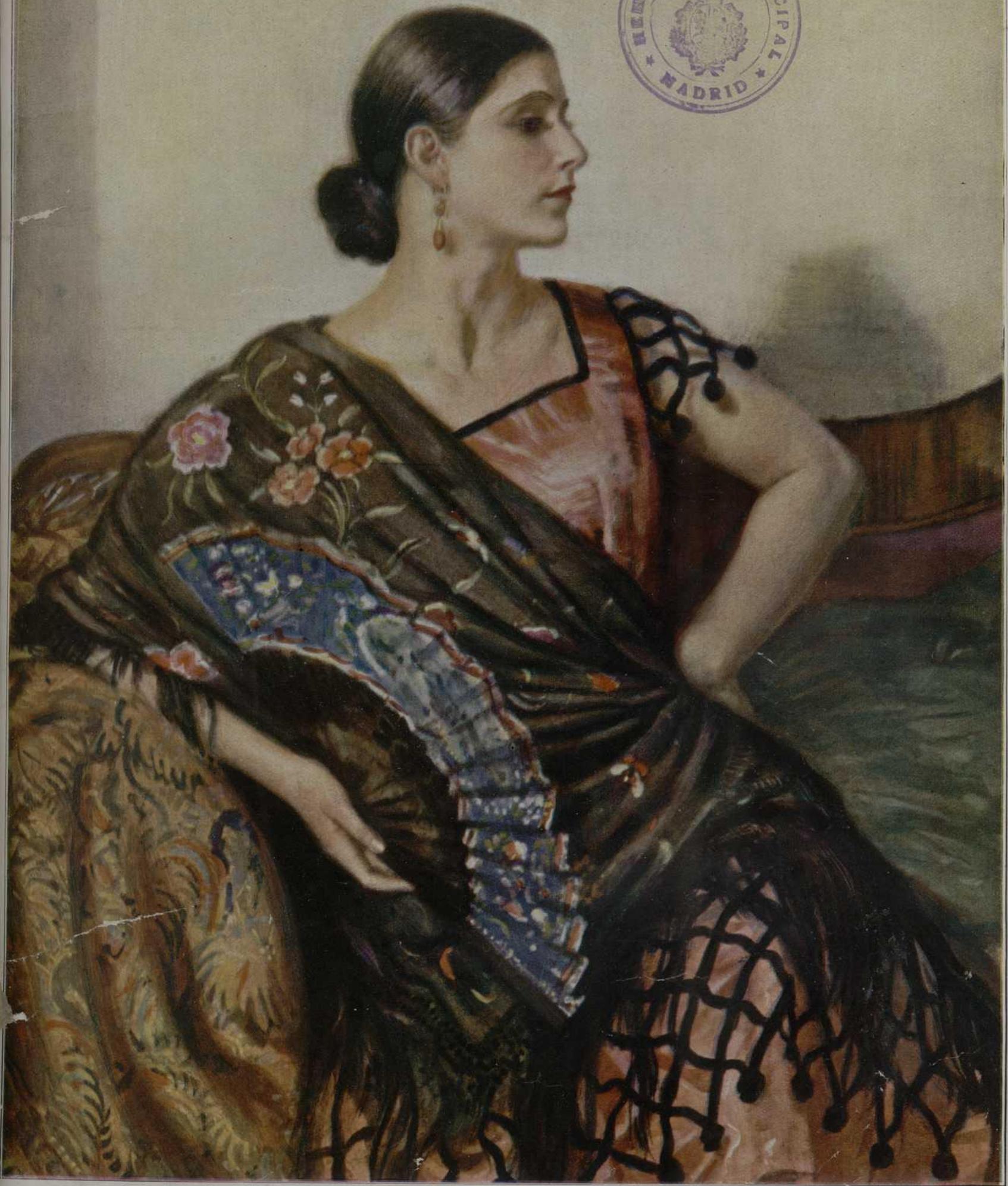


La Esfera

APPERLEY



«Mujer española»,
cuadro de Apperley

Precio: Una peseta

Disponemos de existencias
de tipos "Georgia"
especiales para
Aviación

GEORGIA

Es un engrase americano que se vende con éxito en España desde el año 1912.

GEORGIA es el lubricante que emplean los automovilistas como una garantía.

GEORGIA se vende en latas litografiadas y precintadas en todos los buenos garages y tiendas de accesorios de España.

GEORGIA sabe captarse la simpatía y confianza de todo el que lo usa una sola vez.

DIRECCIÓN Y DEPÓSITO GENERAL PARA ESPAÑA S. A. E. GEORGIA-OIL Málaga (Apartado 72)

SOLICITAMOS AGENTES ESPECIALIZADOS EN LA VENTA DE LUBRIFICANTES TENEMOS TIPO MONOPOLIO A PRECIO DE TASA

DELEGACIONES

Madrid: Santa Engracia, 22
Valencia: Jorge Juan, 4
Sevilla: Jesús del Gran Poder, 44
Palma de Mallorca: Cordelería, 67



CANAS

Invento Maravilloso
 para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La caspa desaparece rápidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones.
 De venta en todas partes.

LABORATORIO
 CASPE 32
 BARCELONA

ANUNCIOS: V. PEREZ.

¿LEA USTED EL VIERNES NUEVO MUNDO

LA TOS

Cualquiera que sea su origen SE ALIVIA SIEMPRE INSTANTANEAMENTE con el empleo de las

PASTILLAS VALDA

ANTISÉPTICAS
PRODUCTO INCOMPARABLE
CONTRA

ENFRIAMIENTOS, DOLORS de la GARGANTA, LARINGITIS reciente o inveterada, BRONQUITIS agudas o crónicas, GRIPPE, INFLUENCIA, ASMA, ENFISEMA, etc. etc.

FIJAOS BIEN
PEDID, EXIGID
EN TODAS LAS FARMACIAS

la CAJA de las VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
llevando el nombre
VALDA

fórmula:
 Menthol 0.002
 Eucalyptol 0.0005
 Azúcar-Cemba

Obra nueva del Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE.— Quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos.— Un tomo en 4.º Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable obra de las 30 ya publicadas por este polígrafo, está hecho con sólo reproducir su índice, á saber:

Prefacio.—El Edipo humano, eterno peregrino.— Los epiciclos de Hiparco y los «ciclos» religiosos.— Las hipótesis.— Kaos-Theos-Cosmos.— Complejidad de la humana psiquis.— Más sobre los siete principios humanos.— El cuerpo mental.— El cuerpo causal.— La supervivencia.— La muerte y el más allá de la muerte.— Realidades «post mortem»: la Huestia-Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor (calle del Buen Suceso, número 12 dupl.º) y en las principales librerías.

TELÉFONOS

PRENSA GRAFICA

REDACCIÓN:

50.009

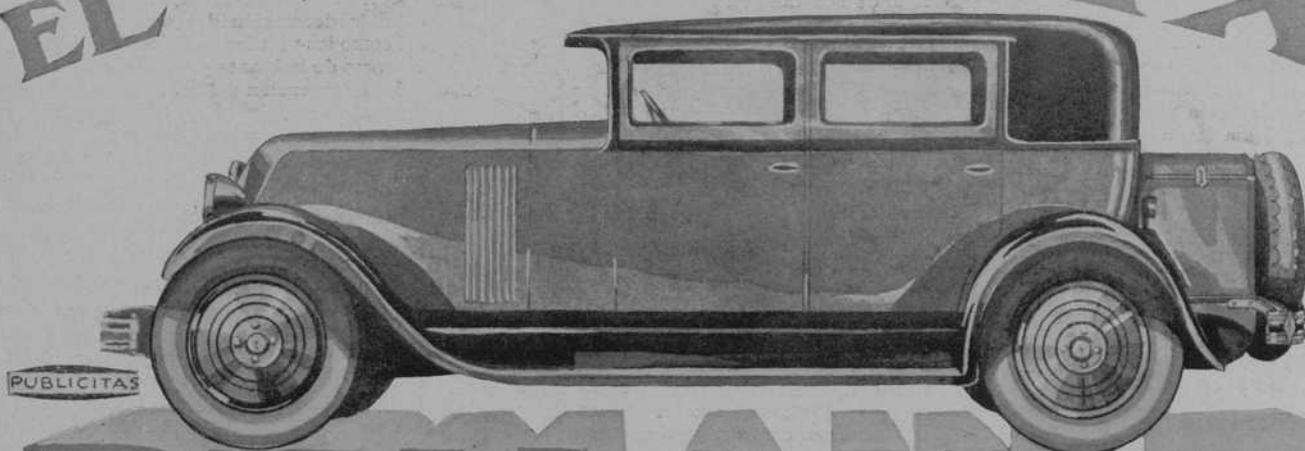
ADMINISTRACIÓN:

51.017

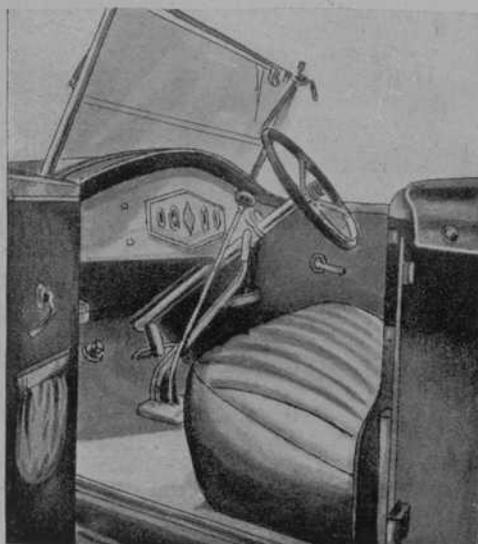
SE VENDEN los cliclés usados en esta Revista en Hermosilla, 37

44
57

EL VIVASIX



RENAULT



6
cilindros
15 CV

es el coche de turismo
que mejor responde á
las exigencias actuales
de todo automovilista
entendido



Su fácil arranque, sus enérgicas reprises, la agilidad de su marcha, la suavidad de la dirección, su frenado insuperable, gracias al servomotor de frenado, y su perfecto confort, unido á lo impecable y distinguido de su carrocería, explican el éxito que viene obteniendo en España el

VIVASIX-RENAULT

15 CV.

SUS TREINTA AÑOS DE CONSTANTE PERFECCIONAMIENTO
SON LA MEJOR GARANTIA DE LOS COCHES RENAULT

Pidan pruebas y detalles en la S. A. E. de Automóviles RENAULT. Dirección, Oficinas y Depósito: MADRID: Avda. Plaza de Toros, 7 y 9. Salón de Exposición: Avda. Pi y Margall, 16.—Sucursales: SEVILLA: Martín Villa, 8 (en la Campana). GRANADA: Gran Vía de Colón, 38 y 40. Y EN SUS AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

TODOS LOS MODELOS RENAULT SE VENDEN AL CONTADO Y A PLAZOS

del Luna
Quiénes enimos
—Un to-
pesetas.
notable
blicadas
está he-
lucir su
ipo hu-
grino.—
rco y los
Las hi-
os-Cos-
le la hu-
obre los
ianos.—
El cuer-
erviven-
más allá
alidades
tuestia-
el autor
ezo, mi-
as prin-
03
FICA
09
ÓN:
17

El Palacio de la Compañía Telefónica

Cada día, á partir del 12 de Octubre, que comenzó el vaciado del terreno, hemos asistido, desde la mesa del café de la Gran Vía, al interesante espectáculo de ver crecer con prodigiosa velocidad de audacia constructiva el monumental edificio de gigantescas proporciones, que se alzó en un ansia no contenida de más altura (89,30 metros de acera á pináculos de la torre) en la Gran Vía, á tres fachadas, la principal á Pi y Margall y las laterales á las calles de Fuencarral y Valverde.

Primeramente fué la estructura metálica, ese esqueleto de hierro, la que nos dibujó la esbelta, la arrogante silueta del edificio, á lo que contribuyó muy eficazmente el funcionamiento de las grúas y la pericia de los montadores mecánicos, que, poniendo á contribución sus vidas, han sabido encajar millones de piezas con matemática precisión.

Más tarde, con el correr del tiempo, esa armazón ó emparrillado metálico fué recubriéndose de hormigón armado, de masas convenientes hasta revestirla en forma de poder aplicarla ese detalle decorativo, claro, sobrio y preciso de la arquitectura americana.

Sus fachadas van en cantería en los paramentos exteriores, de granito hasta la segunda planta y arenisca «Bateig» de Monóvar hasta la coronación.

Su inteligente y joven arquitecto, D. Ignacio de Cárdenas, dado el carácter americano que ha imprimido á su gran obra, ha desechado todo ornamento que sobrecargue inútilmente sus fachadas; por esto éstas se nos ofrecen lisas, desnudas de todo detalle decorativo; únicamente la portada ha sido artísticamente tallada y pulida la piedra al estilo barroco, con lo que el conjunto de la fachada principal ha ganado en armonía y belleza.

Como notas características, debemos añadir que el edificio ocupa un solar de 2.280,60 metros cuadrados de superficie.

El volumen de hierro utilizado en la obra es de 3.000 toneladas, lo que constituye un *récord* en las construcciones de nuestro país, habiéndose tenido en cuenta la necesidad de que cuantos elementos intervinieran en su construcción respondieron á la excepcional importancia de esta obra, por lo que se ha cuidado, de manera muy particular, de la solidez y seguridad de su estructura, sometida á extraordinarias pruebas.

Para terminar, hagamos constar á D. Ignacio de Cárdenas, autor y director del proyecto de esa enorme mole de piedra y de hierro, nuestra sincera felicitación, ya que con ella deja escrita una de las más brillantes páginas de su carrera.

E. P.

Cerrajería artística

JOSE VIDAL

Esta conocidísima Casa, que tantas pruebas tiene dadas de su valer como factor de la moderna construcción, con una historia de veintidós años de floreciente trabajo, posee unos magníficos talleres de cerrajería artística, montados á la moderna y dotados de elementos y personal suficientemente apto para ejecutar cuantos trabajos se le encomienden relacionados con el ramo á que dedica sus actividades.

Casa de tal importancia, es natural que intervenga en las principales obras que de tal naturaleza se efectúen en Madrid y no pocas en provincias, puesto que el arte del hierro logra en estos talleres muy gratas creaciones.

En el magno edificio de la Compañía Telefónica ha hecho todas las barandillas de escalera en hierro dulce forjado, trabajos éstos que merecen un sincero elogio, por el arte y la perfección que ha sabido imprimir á su obra.

Entre sus obras ejecutadas, recordamos, co-

mo más importantes, su intervención en el Cine Pardiñas, Cine del Callao, Hotel Nacional y otros muchos, en los cuales dejó la huella de su arte, que sirve para afianzar más y más el prestigio de sus talleres.

Decoración en mármoles

DON EMILIO SORDELLI

En la construcción del soberbio edificio de la Compañía Telefónica ha intervenido con gran acierto, como colaborador á la obra, el competente ingeniero industrial D. Emilio Sordelli, habiendo corrido á su cargo todo lo que se refiere á trabajos de decoración de embocaduras de puertas en mármoles rojos de Alicante y verde mar de Italia.

Poseedor el Sr. Sordelli de unos importantísimos talleres de piedra y mármoles del país é italianos, instalados en un magnífico local, en la calle de Modesto Lafuente, 39, en los que existen toda clase de elementos y máquinas modernas que requieren los actuales momentos de la industria, se encuentra en condiciones, como quizá ninguno de sus colegas, de encargarse de cualquier obra, por importante que sea, en la seguridad de que ha de dar rápido y perfecto cumplimiento á su compromiso. Tal es su excelente organización y competencia en estos trabajos que interpreta á la perfección, ajustándose en un todo á los proyectos y órdenes de arquitectos y propietarios.



Arrogante y dominador se yergue, en el segundo trozo de la Gran Vía, el rascacielos de la Telefónica, cuyo proyecto y dirección se debe al inteligente arquitecto D. Ignacio de Cárdenas

Arte decorativo

Al visitar el nuevo y soberbio edificio de la Compañía Telefónica, en calidad de informadores, y admirar su parte decorativa en escayolas, hemos sentido grandes deseos de conocer á su ejecutor, el gran intérprete del yeso, que tanto se ha destacado con sus trabajos de decoración en el magno edificio que nos ocupa.

Nos referimos á D. Enrique Fino, artista consumado en su difícil profesión; y á este fin nos encaminamos á la calle de Los Vascos—Villa Donosti (avenida de la Reina Victoria)—lugar donde tiene montado su despacho y talleres.

Amablemente recibidos por el Sr. Fino, se prestó á facilitarnos con el mejor gusto la misión que hasta allí nos llevó.

A la soltura y dominio del arte que profesa se

debe la seria y armoniosa decoración de la sala del Consejo de la Planta 8.^a y la sala de la Planta 13, precisamente los trabajos decorativos que más llamaron nuestra atención.

Corre también á su cargo, ya en vías de ejecución, la decoración del gran vestíbulo público, así como los vestíbulos del patio cubierto, de ascensores de la Planta 9.^a y otros varios detalles.

La intervención del Sr. Fino en toda obra importante se va haciendo imprescindible, siendo de elogiar sus obras de decoración completa en la Telefónica de Barcelona; convento de María Reparadora, en Chamartín de la Rosa; la actual obra del nuevo Hospicio, en Valdelatas; etc., etc.

Ascensores Otis-Pifre

Concesionarios para España de la marca «Otis»

Una Casa especializada como lo es la Otis Elevator Company de Nueva York en instalaciones modernas de ascensores extrarrápidos para servicio de rascacielos, que está á la cabeza de la industria de ascensores y que cuenta en su activo instalaciones de la importancia de la Metropolitan Tower, Singer Building, Bankers Trust Company, Woolworth Building, etc., no pudo por menos de ser la designada por la Compañía Telefónica Nacional de España para confiarle la instalación de los ascensores para su magnífico edificio de la avenida Pi y Margall.

Así ha sido entendido por dicha entidad, y la casa Ascensores Otis-Pifre, concesionaria para España de la marca OTIS, se ha visto favorecida con la confianza de la Compañía Telefónica Nacional, que le ha adjudicado el suministro y la instalación de los ascensores y montacargas en todos sus edificios en construcción en España.

El proyecto de ascensores del edificio de Madrid, del que, gracias á la amabilidad de don Roberto Chollet, ingeniero delegado de la Casa Otis, hemos podido obtener algunos datos, es verdaderamente interesante, por integrarle maquinaria hasta ahora desconocida en Europa.

Hemos tenido ocasión de visitar la obra, y el solo aspecto de la sala de máquinas da impresión de la magnitud de la instalación.

La instalación se compone de seis ascensores de gran velocidad, de los cuales cuatro están en curso de montaje, quedando dos para la futura ampliación del edificio; un ascensor mixto para pasajeros y mercancías, rápido también, y un ascensor particular para servicio de la Dirección. Todos ellos, previstos para efectuar el recorrido desde la planta de sótanos hasta la planta décimatercera, excepto el ascensor mixto, que hará además el servicio de sótanos.

Las cabinas de todos los aparatos son del conocido tipo Otis, de construcción enteramente metálica, con puertas de cierre automático por aire comprimido. Del mismo sistema son las puertas de cancela.

Un ingenioso selector de señales y llamadas permite al viajero, desde cualquiera de los pisos, transmitir su deseo de ascenso ó descenso á cualquiera de las cabinas, por simple presión sobre un botón, acudiendo al piso mencionado la cabina que se halla más cerca del viajero, en el sentido en que éste desea efectuar el recorrido.

La nivelación exacta en los pisos es automática é independiente de la carga y de la velocidad, por mediación de un control especial.

En la planta baja, un indicador luminoso general permite al vigilante de la batería de ascensores, y al público, darse cuenta de la composición exacta de cada una de las cabinas de los diferentes ascensores y de su sentido de marcha.

Ascensores Otis-Pifre

Concesionarios para España de la marca «Otis»

MADRID
Ronda de Atocha, 23 tripl.^o
Teléfono 74521

BARCELONA
Plaza de Cataluña, 8
Teléfono 14132

Telegramas: LYNDENTREE

CEMENTO "PORTLAND VALDERRIVAS" ha sido empleado en esta obra

Artes industriales El mueble y la decoración en la casa española

Si hasta aquí no estuviera bien clara y definida la personalidad de D. Deogracias Magdalena, por cuanto vale y representa en la vida comercial, y lo que es más aún, en el orden artístico, su sola intervención en este hermoso edificio de la Compañía Telefónica, sería motivo más que suficiente para que nosotros le catalogáramos entre los artistas de mayor rango en cuanto se relaciona con las artes del mueble en sus distintas manifestaciones, y también en la decoración de lujosas y originales residencias. Pero no hay caso: el Sr. Magdalena es persona ya definida y colocada. En el comercio disfruta de un prestigio nada común, que supo ganar con su seriedad y competencia en el ramo de antigüedades. Y en cuanto a su iniciativa y delicado gusto en el orden industrial, ha sabido colocarse entre los mejores artistas que trabajan hoy en el mueble, por lo que ha conquistado una firma que se hace imprescindible en toda obra que precisa del ornato interior de salones y mobiliario ajustado al estilo arquitectónico, más ó menos acusado.

Dueño de su técnica, con la noble capacidad de un temperamento muy sensible a la belleza y muy cultivado por la investigación de cuanto atañe a su profesionalidad, la industria del mueble y arte decorativo de interiores han encontrado en D. Deogracias Magdalena un fiel intérprete, pues conociendo bien lo que su arte tiene de oficio, sabe, además, expresar en su trabajo cuanto se propone, que siempre es mucho.



Comedor de D. Pedro Gandarias, cuya decoración y mobiliario es obra de la Casa Deogracias Magdalena

Su intervención en la Telefónica es un triunfo más a sumar a los muchos que tiene ganados.

Merced a su colaboración se debe el mobiliario del salón del Consejo: gran mesa de nogal y raíces de maderas finas y parquetería, ricamente tallada en líneas expresivas; veinticuatro sillones de igual madera haciendo juego con la mesa y dos hermosísimas lámparas de cristal, estilo La Granja.

En varios despachos de Consejeros-jefes la

tenido a su cargo las mesas, sillones, lámparas y demás complemento, siendo de elogiar la decoración de los mismos, forradas las paredes de madera de roble hasta el techo, con sus jambas, sobre puertas, maestramente talladas, yendo avalorados de igual talla las escocías.

Todo cuanto allí se admira es netamente español, trabajado en nuestros talleres, por nuestros competentes obreros, que tan admirablemente saben acoplar sus facultades a la dirección técnica, en su labor de construir y reproducir toda clase de estilos en muebles antiguos y modernos.

Como dejamos entrever al principio de estas líneas, la Casa de don Deogracias Magdalena, cuya tienda-exposición radica en la Carrera de San Jerónimo, 36, esquina a Ventura de la Vega, 1, tiene ya realizadas un gran número de obras. Entre otras merece citarse las decoraciones de la Unión Musical Española, casa de D. Pedro Fagalde, casado con la señorita María del Pilar Luca de Tena; la

de D. Juan Manuel y Pedro Gandarias; casa de D. Luis García de la Rasilla; señores Navarro Reverter, duquesa de Lerma, etcétera, etc., ofreciéndose en todos ellos un gran valor artístico, cuyos detalles, tan tenidos en cuenta y acertadamente reunidos, hacen triunfar la belleza del conjunto ornamental.

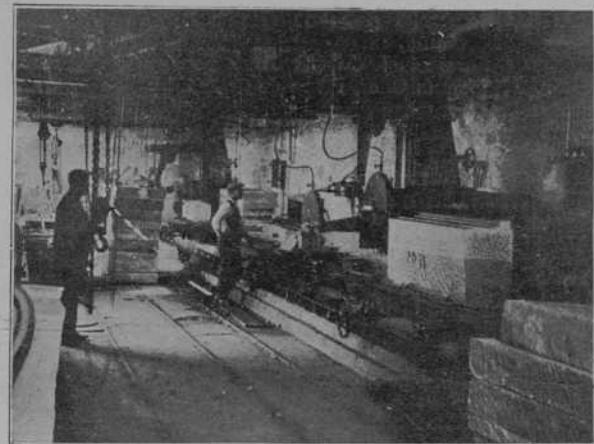
Y en la actualidad está decorando unos lujosos salones para el señor duque del Infantado, así como otros muchos trabajos cuya enumeración sería larga tarea.

MARMOLES Y PIEDRA

Una verdadera potencia industrial lo es, sin duda, la entidad Mármol y Piedra, que pone cabeza a estas líneas.

Su prestigio empezó a labrarse en el campo de la construcción, hará unos quince años, desde cuya fecha vienen saboreando los halagos del triunfo.

Sin que suenen a hipérbolo nuestros calificativos de alabanza por cuanto atañe a su competencia industrial, escuela artística, dominio y soltura en el arte que profesan, así como su seria actividad en cuantas obras intervienen estos prestigiosos talleres, podemos asegurar son un positivo valor de la moderna construcción en España, pues que a su arte é inspiración felicísima, bien encajado en el pentágono arquitectónico, de la obra que les fué confiada, se debe,



Detalle parcial de la sección de máquinas

en parte, la presencia de edificios pletóricos de belleza técnicoartística que dan presencia y son, desde luego, digno adorno ornamental de Madrid y Barcelona.

Testimonio elocuente de nuestros asertos son, en Barcelona, el elegante y artístico Coliseum, cuya obra, en mármoles y piedra, concienzudamente labrados por esta Casa, es tan elogiada por cuantos la admiran.

El Círculo Equestre, verdadero modelo de construcciones, también acusa la intervención de esta Casa en su fachada posterior, verdadera joya de trabajo arquitectónico en piedra; Hospital de San Pablo, y, entre otros más que dejamos de enumerar, el magno edificio para la Estación Monumental de la Compañía de Ferrocarriles Madrid, Zaragoza y Alicante.

Tienen en ejecución Capitanía General y el bello pabellón de la Ciudad Condal en la Exposición de Barcelona, en los cuales se ha venido desplegando una rapidez nada común; triunfando, no obstante, el perfeccionamiento y la solidez del trabajo. En Madrid han intervenido también en importantísimos contratos de piedra y mármol, teniendo actualmente en construcción el Ministerio del Trabajo, Instituto de Puericultura, casa del marqués de Casa-Riera, en la ca-



Detalle parcial de la nave de martillos neumáticos

lle de Alcalá; así como otros muchos en estudio.

Para atender debidamente las necesidades de estas obras y de cuantas llevan realizadas en la Corte, los Sres. Torra y Passani montaron en Madrid, hace unos dos años, sin regateo de ningún género, unos excelentes talleres y oficinas en el paseo Imperial, 25, y calle de Toledo, 156 (Depósitos Comerciales), que son sucursal de los que poseen en Barcelona, calle de Roselló, 153.

Huelga dedicar a estos talleres nuevas ponderaciones, pues su competencia profesional demuestra bien a las claras que dispone de elementos más que sobrados para la realización de toda clase de obras de piedra y mármol; pero si ello no fuera bastante, las fotografías que ilustran la presente información dicen más que nuestra torpe pluma en honor de esta prestigiosa firma.

TORRA Y PASSANI, S. A.



DEMEYER

¡ ELIZABETH ARDEN EXISTE !

y sus preparados son elaborados expresamente para ella.

EL nombre de Elizabeth Arden constituye un símbolo de belleza para más de 10 millones de mujeres. Elizabeth Arden es mucho más que un nombre. Es una mujer verdadera, de vida real, cuyos entusiasmos por la belleza han ofrecido á la mujer el regalo más preciado: el don de encantar. Miss Arden conoce el arte de cuidar el cutis y sabe que el rostro no conserva indefinidamente su forma por sí mismo, sino que para ello exige tersura en los músculos, tejidos fuertes y sanos. Esto significa que los cuidados deben hacerse con regularidad y practicar ejercicios que contraigan

los músculos y activen la circulación, animando así los tejidos y purificando la piel. Los tratamientos y preparados de Elizabeth Arden refuerzan los músculos, dan firmeza á los tejidos y hacen que la piel sea fina y tersa, hasta el extremo de que nunca puede researse. Por medio de las nuevas prácticas, estudiadas á fondo, puede usted misma, y en su propia casa, cuidarse siguiendo el método de Elizabeth Arden. Pida usted más detalles sobre el particular. Todos los preparados y todos los tratamientos de Miss Arden están destinados á llenar alguna necesidad especial del cutis.

Elizabeth Arden recomienda los siguientes preparados para el tratamiento regular del cutis de usted, en su propio tocador:

CREMA LIMPIADORA (Cleansing Cream).—Una crema suave y pura que se disuelve al calor de la piel y penetra en los poros, eliminando todas las impurezas que producen espinillas y asperezas en el cutis. Suaviza y alivia la piel, haciéndola fina y tersa. Debe usarse mañana y noche, como primer paso del tratamiento del rostro y del cuello.

Ptas. 8,— Ptas. 15,—

CREMA VELVA (Velva Cream).—Deliciosa crema nutritiva, especial para los cutis delicados. Muy indicada también para las caras llenas, pues nutre la piel sin engordar los tejidos.

Ptas. 8,— Ptas. 15,—

TONICO ARDEN PARA EL CUTIS (Ardena Skin Tonic).—Pone terso el cutis, dándole una suave firmeza y blanqueándolo; obra á la vez de astringente. Debe aplicarse junto con la Crema Limpiadora, y después de ella, para activar la circulación, aclarar y dar finura á la piel.

Ptas. 9,— Ptas. 22,—

ALIMENTO ORANGE PARA LA PIEL (Orange Skin Food).—Esta valiosa crema nutritiva se aplica por la mañana y por la noche, abundantemente, sobre la cara y el cuello. Corrige arrugas y surcos y da al cutis una apariencia lozana y cuidada. Es muy recomendable para los rostros demasiado delgados y como remedio profiláctico contra las arrugas y surcos.

Ptas. 8,— Ptas. 12,—

POLVO VENETIAN DE FLORES (Flower Powder).—Polvo de absoluta pureza, deliciosamente perfumado. Se adhiere perfectamente al rostro, sin producir jamás sensación alguna incómoda de tirantez. Es tan fino, que apenas se nota sobre el cutis; de tintes tan sutiles, que armonizan admirablemente con cualquier colorido,

Ptas. 11,—

Los preparados de Elizabeth Arden se encuentran en los mejores y más elegantes establecimientos.

MADRID: Almacenes Madrid-París, Avenida Pi y Margall, 10.
Perfumería H. Alvarez Gómez y C.^ª, Sevilla, 2.
Perfumería Inglesa, Carrera San Jerónimo, 3.
Viuda de Miguel Esteban, Serrano, 7 y 48.

SAN SEBASTIAN: Francisco Benegas, Garibay, 12. - Peña Florida, 10.

MALAGA: Jiménez y Muñoz, Marqués de Larios, 2.

SANTANDER: Viuda de Díaz «Villafranca», Blanca, 15.

ZARAGOZA: «La Catalana», Angel García Sánchez, Calle Alfonso I, 34.

LISBOA: David & David, 112, Rua Garrett.

BARCELONA: Comercial Anónima Vicente Ferrer, Plaza de Cataluña, 12.
Farmacia J. Cuixart Calvó, Fernando, 7.
Joaquín Oller, Paseo de Gracia, 75.
Zunzunegui, Heros, 32, 1.^º

BILBAO: Barandiarán y C.^ª, Gran Vía, 26.

GIJON: García y Escobedo. Antes B. Piquero y C.^ª

VALENCIA: Perfumería Royal, Abadía San Martín, 4.

JEREZ DE LA FRONTERA: Almacenes Tomás García, Doctor Ramón y Cajal, 21.

GIBRALTAR: Robert's Pharmacy, 275, Main Street.

ELIZABETH ARDEN

673 FIFTH AVENUE NEW YORK

ELIZABETH ARDEN, S. A.

MADRID CALLE DE ALCALA 71

LONDON

PARIS

BERLIN

ROMA

La Esfera



AÑO XVI.—NÚM. 795

MADRID, 30 MARZO 1929

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



EL MARISCAL FOCH

Salvador de Francia y supremo caudillo de los ejércitos aliados en la Gran Guerra, que ha fallecido en París

ANTE EL GRAN MUERTO

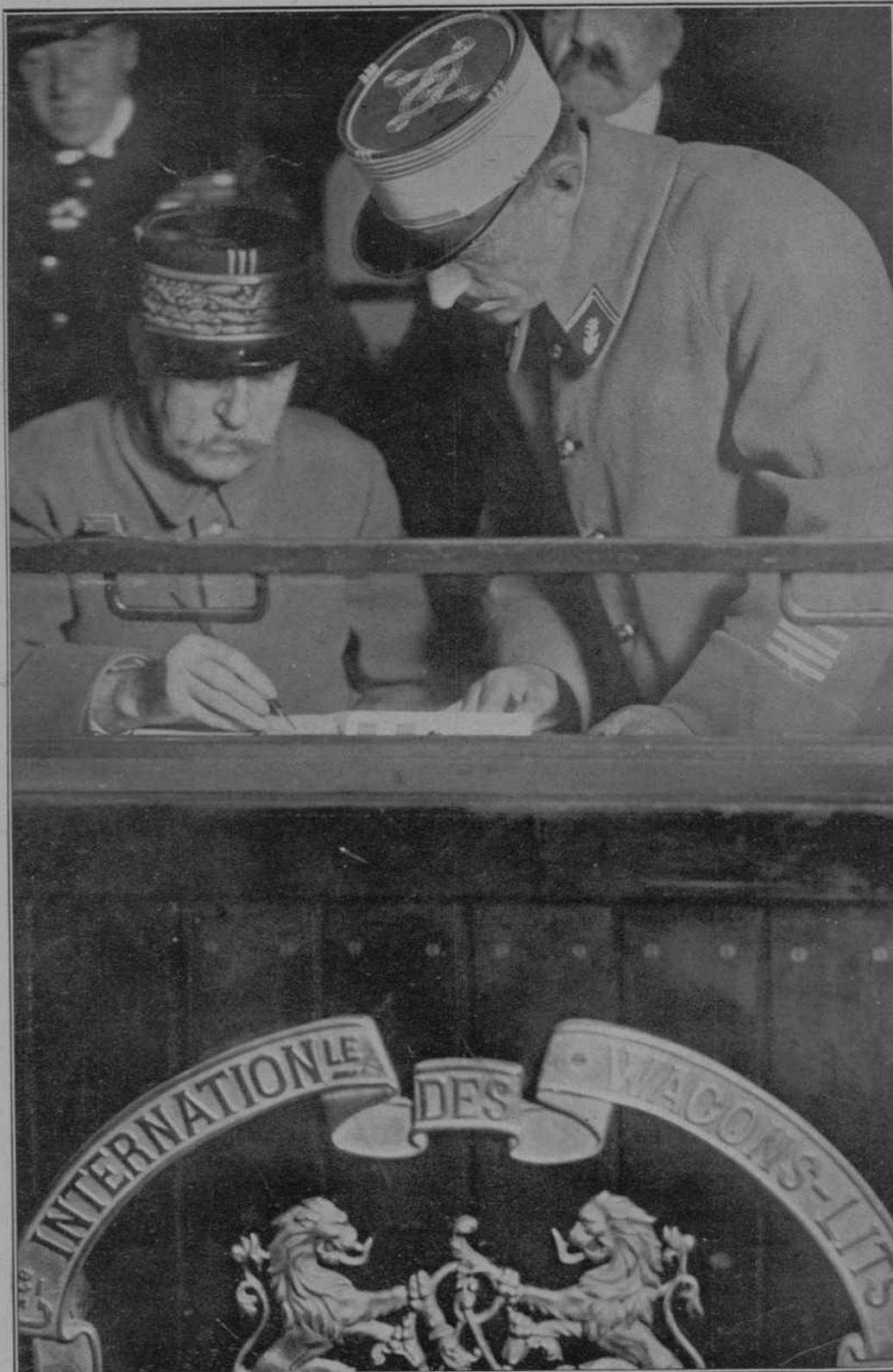
FOCH, EL HOMBRE DEL DESTINO

ESTE glorioso anciano de setenta y ocho años, que acaba de morir, era ya un viejo de sesenta y siete años cuando ganó la guerra más dura y más cruel de la Historia. ¿Quiere esto decir que fué, por ende, el más ilustre jefe militar que el mundo ha conocido?... ¡Sí!, responden los espíritus simplistas... — ¡No!, replican los espíritus reflexivos; y añaden: — Fué el hombre de la suerte, á quien el Destino dió, en su hora, todos los elementos morales y materiales del triunfo.

La guerra mundial de los cuatro años fué la más terrible de las guerras; pero fué también, en cuanto á su desarrollo á través del tiempo y de los hechos, la más estúpida, la más monótona, la más mecánica y la más administrativa.

Así se explica que entre los incontables jefes jóvenes dotados de todos los talentos y capaces de todos los heroísmos, ninguno destacara. Los nuevos Bonaparte, los nuevos Murat, los nuevos Lannes, sólo pudieron ascender algunos grados antes de morir en la hecatombe anónima... Y únicamente sobrevivieron, y por lo tanto lograron vencer, los viejos á quienes la edad y la categoría mantenían á distancia del fuego, en los cuarteles generales, adonde no llegaban los huracanes de la metralla ni las traidoras nubes de gases asfixiantes.

Entre esos viejos, entre Joffre, que pretendía ganar la guerra con cañones de 75, y Nivelle, que por no rehacer un plan de ataque, conocido ya por el enemigo, sacrificaba conscientemente veinticinco mil soldados en tres horas; entre esos viejos, Foch y Pétain eran los únicos generales capaces de concepciones audaces y de obstinadas realizaciones... Pétain cedió el paso á Foch, y Foch se impuso en aquella jornada del 25 de Marzo de 1918, cuando los jefes aliados celebraban consejo de guerra en la casa-ayuntamiento de Doullens, en tanto que los alemanes, después de romper el frente una vez más, iban como una avalancha camino de Amiens... Foch se presentó en aquel consejo sin que nadie le llama-



El mariscal Foch firmando el acta de inauguración del Museo del Vagón del Armisticio, en Rethondes, sobre la misma mesa en que se firmó el armisticio en 1918

mara, y á los que hablaban de retroceder, de buscar nuevas líneas defensivas, de ceder ante el empuje arrollador del adversario, el jefe francés, que aun no era entonces sino «un jefe», opuso la irreductible energía de esta sola frase: *Tenir...! Il faut tenir!*, repetida á gritos, puntuada con fieros puñetazos descargados sobre la mesa, dictada, en suma, como una orden... Lord Milner, después de contemplar á Foch y de escucharle en silencio, llamó aparte á Clemenceau y le dijo: —*There is the man...* Aquél era el

hombre... Veinte minutos después Foch tenía en su poder el mando supremo, el mando único, y disponía de las fuerzas y de los recursos de medio mundo... Y en la misma noche, corriendo en automóviles lanzados como bólidos de una parte á otra por los caminos del campo de batalla, Foch daba personalmente las órdenes de ataque á todas las unidades que habían emprendido ó que se disponían á emprender la retirada, y cubría con apariencia de fuerza agresiva la flaqueza, la fatiga y la desorganización de sus líneas.

Resistir hasta la muerte, pero resistir atacando sin tregua, era la máxima de Foch. Nunca los viejos del alto mando alemán acertaron á descifrar este enigma tan sencillo, sin embargo... Y esa falta de comprensión del enemigo, unida á la propia sagacidad y á los inmensos recursos de dinero, de municiones y de armamento, puestos á su disposición por los Estados Unidos, fueron los factores de la victoria y los elementos integrantes de eso que hemos convenido en llamar el genio del vencedor...

Es curioso reunir, ante esta gran figura que sale de la vida para entrar en la Historia, las apreciaciones que en este momento hacen de ella sus amigos y sus enemigos... He aquí algunos de esos juicios:

«El mariscal Foch, muerto, es un pedazo de Francia que se va...»

Painlevé.

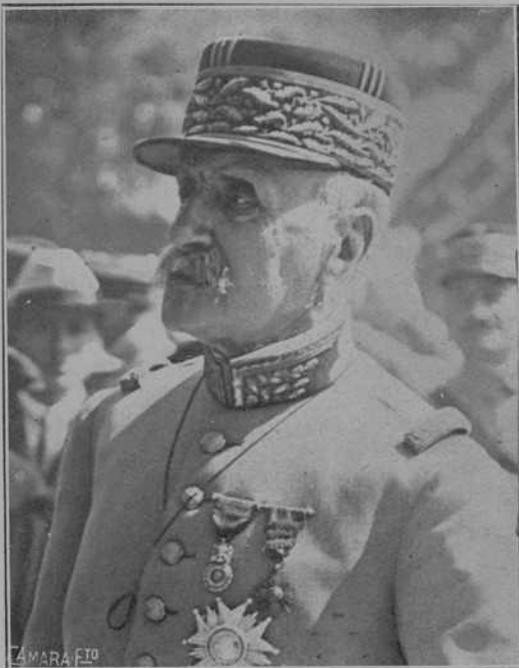
«El mariscal Foch ha muerto; viva Francia!»
Gouraud.

«Fue un gran soldado, un gran cristiano y un gran gentleman!»

Baldwin.

«Fue el más insigne general de nuestra época y uno de los más grandes soldados que han ilustrado la historia del mundo.»

Allenby.



El mariscal Foch, pronunciando un discurso con motivo de la inauguración de un monumento

«Fue un condottiere de primer orden.»
Popolo d'Italia.

«No puede comparársele con Napoleón, ni siquiera con Moltke. Foch no ha sido nunca un genio, y cualquier jefe, colocado en su lugar, con las atribuciones y los medios que se le dieron, hubiera hecho lo mismo.»

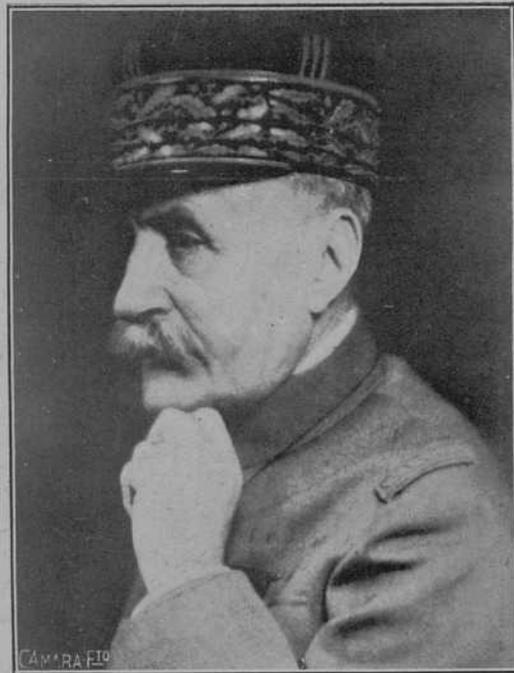
Vorwaerts.

Lugares comunes y vulgaridades, lo mismo para la exaltación que para el menosprecio; y esto demuestra que si Foch no fue un genio, se halló, al menos, espiritualmente, á cien codos por encima de sus contemporáneos, tanto del propio campo como del campo adverso...



—¡Ha muerto nuestro mariscal, ganador de nuestra guerra, padre de nuestra victoria!—claman los que tenían algo que ganar en esa guerra y con esa victoria... El pueblo, los pueblos que pagaron con millones de existencias humanas, y aun pagan con miseria universal y permanente, la cuenta de la guerra y de la victoria, no se atribuyen, de esta gloria bélica, ninguna propiedad...

ANTONIO G. DE LINARES



FOCH
Un retrato reciente del mariscal



El mariscal Foch en su lecho de muerte. Apunte del natural, hecho exclusivamente para «Prensa Gráfica» por el gran dibujante parisiense Bering. En este apunte se percibe el cambio operado por la enfermedad en el rostro del insigne soldado, que, además, había cortado él mismo su bigote en la víspera de su muerte

LA VIDA FRIVOLA

La España tradicional * La mantilla aristocrática



EXISTE la creencia de que la mantilla española es un atavío eminentemente popular.

Y cierto es que el gran D. Francisco de Goya envolvió á sus más divulgadas majas con esta prenda encantadora que tanto contribuye á realzar la belleza femenina; pero no es menos cierto que casi todas ellas lo que ostentan es exclusivamente la mantilla de casco, con sus vueltas de terciopelo, sus madroños y sus rizados volantes.

Pero la Reina María Luisa, como las damas de la Corte, aparecen en los retratos de Goya con mantillas de tul. Parece como si el pintor de los chisperos deseara establecer bien claramente que los tules transparentes y los vaporosos encajes son privilegio de la aristocracia, aunque á veces la aristocracia también haya adoptado las blancas blondas y los menudos madroños.

¡Semana Santa! ¡Desfile esplendoroso de la hermosura femenina hispana, luciendo el clásico atavío! ¡Triunfo espectacular de las hermosas nietas de Eva, que, rin-

diendo culto á la tradición, guardan por pocos días sus sombreros de dudosa procedencia parisina para envolverse en la caricia de la mantilla blanca, negra ó de madroños!

Expectación del elemento masculino ante la invasión adorable de enlutadas devotas, que exteriorizan su sentimiento por la pasión y muerte del Señor, colocándose una peineta como la Telefónica para que caiga sobre ella una nube de tul.

España entera se convierte en un país de pandereta; y la mujer del pueblo, como la dama aristocrática, expresa oficialmente sus convicciones religiosas. Los sagraios visitados por una concurrencia fantástica que hace las delicias de los extranjeros, curiosos de beber el alma de lo tradicional.

Nuestras conspicuas tonadilleras, nuestras bizarras hijas de familia, nuestras señoras mayores, todavía de buen ver, matronas de cierta edad ó, mejor dicho, de edad cierta, airean sus mantillas, requieren sus claveles, su abanico, su devocionario, y con trajes de colores más ó menos apacibles se lanzan á la vía pública, convencidas de la austeridad de su misión.

Don Francisco de Goya y Lucientes habría tenido á orgullo reproducir en sus lienzos una de estas tres esposas de la encantadora señora doña Dolores Gallego y Falcó, perteneciente á una de las más linajudas familias españolas.



He aquí la augusta belleza de Doña María Luisa de Borbón, Marquesa de Villamantilla de Perales, realzada por la caricia de la mantilla de tul negro



La bella señorita María Cristina González Conde y de Borbón, hija de la Marquesa de Villamantilla de Perales, doblemente espiritualizada entre el humo negro de la mantilla vaporosa



La lindísima señorita Basy Gallego y Falcó, no encontraría un tocado que la permitiese mostrar su rostro tan perfecto como esta mantilla negra que se prendió con clavellinas (Fots. Walken)

Se trata de mostrarse oficialmente doloridas por la Pasión y Muerte de nuestro Redentor, y nada más indicado que vestirse como para figurar en la apoteosis de una revista de españolada. Pero cuando surge intrépida la insensatez de algunas devotas que aprovechan el aniversario de la crucifixión del Señor para disfrazarse ellas, brota asimismo la elegancia espiritual y suntuaria de las grandes damas, que en un supremo gusto aristocrático recurren invariablemente á las livianas mantillas de tul negro.

En las ceremonias religiosas palatinas, en las iglesias predilectas del gran mundo, se ven, salvo contadas excepciones, esas mantillas—humo negro, niebla oscura—que distinguen al señorío de las ricas plebeyas. Las marquesas de raza, las duquesas de abolengo, las condesas de rancia estirpe, conceden su preferencia á las mantillas negras, que hacen más señorial el prestigio de su hermosura.

El cronista conversó en cierta ocasión con una embajadora inglesa, quien afirmó que solamente en los oficios de la Corte de España había podido admirar más eficazmente la auténtica distinción de la aris-

tocracia española quizás por la manera de colocarse la mantilla.

—Una *toilette chic* puede hacer confundible á una gran señora con otra que no lo sea—concluyó la embajadora—; pero en la clásica mantilla no hay equivocación posible.

Y realmente así es. Estúdiense los retratos de la más bella artista, de la más atrayente burguesa tocada con mantilla negra, blanca ó de madroños, y se advertirá que hay algo revelador de la diferencia de cuna entre ellas y las damas de verdadera aristocracia. Es un sello especial, indefinible, el que nos avisa; una luz misteriosa la que nos orienta, aunque sea idéntica la colocación de la clásica prenda.



Ante las fotos de las bellas damas aristocráticas retratadas por Walken, que ennoblecen esta información, el cronista deshoja la corona de rosas de su respeto y de su admiración.

CARLOS FORTUNY



EL MILAGROSO

*Por donde quiera que EL pasaba
todo se iluminaba de una suave luz.
Pasaba lentamente,
seguido de la sombra que tras EL se alargaba
semejante á la sombra de una cruz.*

*Porque EL andaba siempre entre la gente
con los brazos abiertos, en fraternal amor,
y todo aquel que oía su musical palabra,
se rendía á su virtud de encantador
y le seguía.*

*Y por esta virtud el mudo hablaba;
veía el ciego; el sordo oía,
y aquel que estaba muerto revivía;
mas no al modo de Lázaro,
cuya resurrección
se debió á un sentimiento de humana compasión.*

*Resucitar á modo de un cristiano anhelo
no es material milagro,
sino llama del alma que se apaga en la tierra
¡y se enciende en el cielo!...*

XIMENEZ HERRAIZ

Goy de SILVA

(Dibujo de Ximenez Herráiz)



EL CANTOR ERRANTE

Indolente guerrero
que no espera triunfar y está triunfando,
el gaucho, trovador y aventurero,
va amores despertando
de rancho en rancho su dolor cantando.

•••

Jinete con arreos y armadura,
la guitarra y las penas á la espalda,
cruza airoso y doliente la llanura,
cual sombra de amargura
en fondo de esmeralda.

•••

Altivo en su penar, grande en su orgullo,
músico á quien no alienta la esperanza,
no lo altera la fiebre ni el murmullo;
sabe usar del dolor como una lanza
y, á un tiempo, va sembrando
los caminos de flores,
como un loco suicida
que sus propios dolores

con sonriente estoicismo fuera hollando
y haciendo de su sombra luz de vida.

•••

Como una melopea cariñosa
suenan la trova del centauro artista
en la noche callada y misteriosa.
Su luz es luz de estrella, luz de arista,
fija en el cielo de una raza fiera,
negligente y sin fe, pero altanera;
condenada á morir, triste y gloriosa,
alzando su dolor como bandera.
La raza perseguida,
la raza derrotada,
muralla ayer del bárbaro tirano
y hoy esclava de aquellos por quien diera
con valor sobrehumano
la sangre de sus venas, victoriosa.
La raza enaltecida,
la raza calumniada
que esconde su dolor, rasga su herida
y, teniendo el desierto por guarida,

desde el desierto arroja despiadada
un reto hacia la nada,
dobla la frente y muere redimida.

•••

Por eso su canción suena en la noche
como un hondo gemido
que quisiera á la vez ser un reproche;
pero un reproche lleno de entereza.
El es el trovador de lo que muere;
es el eco postrero
de algo que cae envuelto en su grandeza;
es fúnebre cantor que canta y hierde.
Es cantor y guerrero.
¡El último cantor que va, altanero,
erguida la cabeza,
de los suyos siguiendo el derrotero!

ALBERTO GHIRALDO

(Escultura de Zorrilla de San Martín)

Semana Santa en Sevilla



La Cofradía de los toreros, recorriendo el barrio de San Bernardo

EN las famosísimas fiestas religiosas sevillanas no podían faltar las notas rudas y con reflejos trágicos de la piedad de los toreros: los hombres que viven bordeando los téticos linderos del más allá, y que aun en las tardes más gloriosas y rientes de su profesión sienten volar sobre sus cabezas á las Parcas enfurecidas, no pueden mostrarse en ningún momento ajenos al sentimiento religioso que arraiga fuertemente en sus corazones, y en los días santos necesitan exteriorizarlos sumando las suyas al concierto de plegarias que los fieles elevan al cielo.

La cofradía de los toreros desfila siempre recorriendo, sobre todo, el barrio de San Bernardo, y entre sus penitentes no es imposible reconocer á figuras muy prestigiosas de las que en el redondel, ¡con cuán distintos atavíos!, suelen enardecer á las muchedumbres.

El paso de la cofradía de los toreros por el Puente Nuevo, sobre todo en el momento en que se alza sobre él el Santísimo Cristo, á que rodean no sólo los toreros sevillanos, sino algunos llegados para unirse al cortejo, trae siempre á la memoria la eterna tragedia taurina.



Nazareno de la Real Cofradía de las Cigarreras



El Cristo de los toreros, al pasar la Cofradía por el Puente Nuevo

CUENTOS EXTRANJEROS

LA EDAD DEL AMOR

CUANDO yo sometí al director del *Boulevard*—el más literario de los periódicos de París—el proyecto de mi «Encuesta sobre la edad del amor», pareció sorprendido de que una idea tan «periodística», fué su palabra, hubiera brotado sola en el cerebro de su más reciente colaborador. Yo llevaba allí sólo quince días, y era mi primer periódico.

—Complete su proposición, mi querido Labarthe—me dijo con un aire un poco menos insolente que de costumbre. Después, cuando me escuchó, resumió: —Bien; de modo que usted va á preguntar á esos señores y á esas damas á qué edad uno ama mejor, primer punto; á qué edad uno es amado mejor, segundo punto... ¿Es ésa su idea, verdad? ¡Bueno! ¿Y á quién va usted á entrevistar?

—He hecho una lista—le contesté, y saqué de mi bolsillo una hoja de papel. Yo había borrado los nombres de las «personalidades» que me proponía interrogar sobre ese palpitante problema, y comencé á leer mi lista. Había en ella un general, dos antiguos ministros, cuatro actrices, de las que dos eran de *café-concert*; cuatro actores, uno de ellos condecorado; dos financieros, dos abogados, un cirujano, un médico legista y varios literatos célebres. Unas veces mi interlocutor aprobaba moviendo la cabeza; otras decía brevemente: «Malo, malo; borre á ése...», hasta el momento en que llegué al nombre que yo había guardado para el último, el de Pedro Fauchery, el célebre novelista.

—Bórrelo también—dijo, encogiéndose de hombros—; está reñido con nosotros...

—Sin embargo—insinué—, ¿si hay alguno cuya opinión interesaría á los lectores, y sobre todo á las lectoras?... Yo pensaba, justamente, empezar por él...

—¡Pardiez!—interrumpió el redactor jefe—, pero si Fauchery tiene por principio no recibir á ningún redactor. No sólo uno, sino diez le he enviado, y á todos les ha cerrado su puerta. El *Boulevard* no permite que se burlen de él, y le hemos sentado la mano dos ó tres veces... Así que...

—A pesar de eso—le dije—, yo obtendré una entreviú de Fauchery, y para el *Boulevard*. Le doy á usted mi palabra. Tengo un medio seguro...

—Si usted la consigue—respondió mi hombre—, mirándome—, habrá cien francos más para usted... En el fondo me carga ese señor, que parece despreciar el reclamo. Es necesario que le tome gusto, como sus camaradas... Pero usted no la logrará... Veamos: ¿cuál es ese medio tan seguro?...

—Me permitirá usted no decirselo sino después. En cuarenta y ocho horas, usted verá si, sí ó no, he tenido éxito.

—Bueno; vaya, y no se ande usted con miramientos.

Decididamente, yo había hecho progresos

como periodista, puesto que dejaba al abominable empresario, del que yo dependía, hablar despectivamente del escritor que yo admiraba más entre los vivos. Pero después de la semana, todavía próxima, en la que, fatigado de no haber saciado mi hambre, me había decidido á despojarme sistemáticamente de mi antiguo yo, había dejado romanticismos á un lado, y me había propuesto entrar en la prensa con la idea de ser, sobre todo, de mi tiempo y de llegar, lo más pronto posible, á los treinta mil francos por año. ¿Qué me importaba que el inmundo Pascal se jactara de haber criticado al más delicado y al más eminente de los herederos de Balzac, si yo mismo me preparaba á una operación que valía en delicadeza los procedimientos de mi jefe? Yo tenía, en efecto, mi medio seguro de llevar á cabo mi entreviú, y era este: Durante el período de mi estúpida ignorancia, yo había enviado al maestro Fauchery mis versos y composiciones. El gran escritor me había contestado. Volví á escribirle, y contestó á mi carta invitándome á visitarle. Fuí. No lo encontré. Volví. Tampoco lo hallé. Y ya me avergonzaba volver á la carga. Así que él no conocía de mí sino al joven Eliacin de mis dos cartas. Y con este pretexto contaba yo para arrancarle, dulcemente, la entreviú que él habría rehusado al periodista. Mi plan era muy sencillo: presentarme en su casa, ser recibido, ocultarle mi profesión actual, contarle un vago asunto de novela donde fuera cuestión de «la edad del amor», hacerle hablar—y después, cuando él encontrara su conversación impresa, toda viva... Verdad es que yo sentía algún remordimiento; pero los ahogaba con la terrible palabra: *la lucha por la vida*—, y también con el recuerdo de innumerables ejemplos

recogidos en la corporación á la cual yo tenía, en lo sucesivo, el honor de pertenecer.

—O—

Al día siguiente llamaba yo á la puerta del pequeño hotel que Fauchery habitaba en Passy. Sufrí verdaderamente una decepción cuando el criado, visiblemente de bastante mal humor, me contestó que el señor no estaba en París. Insi-ti para saber cuándo llegaría. El criado lo ignoraba. Le pregunté su dirección, y también la ignoraba. ¡Pobre hombre célebre que creía asegurar el anónimo á su veraneo! Media hora después yo sabía que residía, momentáneamente, en el castillo de Proby, cerca de Nemours—no tuve más trabajo que informarme en casa de su editor—. Dos horas más tarde tomaba yo un billete en la estación de Lyon. Llevaba una maleta para pasar una noche. En el caso en que no viera al maestro por la tarde, estaba decidido á no llamarlo la mañana siguiente; y justo, siete horas después que el ayuda de cámara, fiel á su consigna, me había declarado no saber dónde estaba el novelista, yo le hacía pasar mi tarjeta en el vestíbulo del castillo. Había tenido el cuidado de escribirle abajo dos letras recordándole mis envíos del año pasado, y fui introducido después de diez minutos de espera, durante los cuales vi, con una curiosidad y una malicia singulares, dos mujeres jóvenes, muy bonitas y elegantes, que salían á dar un paseo á pie. «Perfectamente!—me dije—, éste es el secreto de este destierro; la entreviú se anuncia bien...»

El novelista se encontraba en un pequeño salón íntimo, cuya ventana abría sobre el parque, en ese momento amarillento por el otoño que comenzaba. Un fuego de leña ardía en la chimenea y alumbraba alegremente los muros tapizados de una cretona rosada, sobre la que se destacaban algunos grabados ingleses representando carceres y saltos de obstáculos. Era bien el decorado de las costumbres mundanas que la crónica había frecuentemente reprochado á Fauchery.

Pero los papeles y los libros amontonados sobre la mesa atestiguaban que el huésped momentáneo de ese coqueto asilo permanecía un sólido obrero de las Letras; y esa constante labor estaba asegurada más todavía por una fisonomía que, lo confieso, me dió un pequeño remordimiento de la astucia que yo iba á emplear en ese momento. ¡Si yo hubiera encontrado el Fauchery *snob* y pretencioso que las dichas crónicas ridiculizaban semanalmente, me habría sido, al contrario, un placer engañar su diplomacia! Pero no. Me encontré, dejando la pluma para recibirme, á un hombre de unos cincuenta y siete años, la cara hundida por la reflexión, los ojos fatigados de velar, la frente carga-



—He hecho una lista—le contesté, y saqué de mi bolsillo una hoja de papel

da de pensamientos, que me dice indicándome un sillón:

—Usted me excusará, mi querido compañero, por haber tardado en recibirle—¡Yo, su querido compañero! ¡Ah, si él supiera!—; usted ve—y me mostraba una cuartilla todavía húmeda— que la esclavitud de la copia no suelta á su hombre... Pero uno tiene menos facilidad á mi edad que á la suya. Y ahora hablemos de usted... ¿Cómo es que está usted en Nemours? ¿Qué ha hecho usted después de las composiciones y de los versos que tuvo usted á bien hacerme conocer?..

La imagen de las oficinas del *Boulevard* apareció delante de mis ojos. Oí la voz de mi redactor-jefe: «¿Entreviuar á Fauchery? ¡Ca! ¡Usted no lo conseguirá!...», y contesté, quedando fiel al papel que me había impuesto:

—Me he retirado á Nemours para trabajar en una novela que se llama *La edad del amor*, y algo sobre este asunto quería yo consultarle, querido maestro.

Me pareció—¿no sería una ilusión?—que al enunciar el título de mi supuesta novela, una sonrisa y una sombra flotaban á la vez en los ojos y en los labios de Fauchery. Volví á pensar en las dos mujeres jóvenes que encontré, hacía un momento, en el vestíbulo. El maestro de tantas obras excelentes de análisis, ¿estaba viviendo un nuevo libro antes de escribirlo? No tuve el tiempo de contestarme á estas reflexiones; me ofreció un cigarrillo ruso, encendió otro para él, y, á su vez, comenzó á interrogarme y á contestarme alternativamente. Yo lo escuchaba pensar en voz alta, y olvidé completamente mis combinaciones maquiavélicas; de tal modo experimentaba una sensación de placer íntimo en esta comunión con un espíritu que yo había amado apasionadamente en sus obras.

—... No hay edad para amar—me dijo—, porque el hombre capaz de amar—en un sentido complejo y moderno de exaltación ideal—no deja nunca de amar... Voy más lejos: no deja jamás de amar al mismo ser... ¿Usted sabe la experiencia que un fisiólogo contemporáneo ensayó sobre una serie de retratos para determinar en qué consisten esas semejanzas indefinibles que llamamos aire de familia?... Cogió las fotografías de veinte personas de una misma sangre; después fotografió de nuevo esas fotografías sobre una misma placa, sobreponiéndolas, y descubrió así los rasgos comunes que, separados de los otros, determinan el tipo... ¡Pues bien! Yo estoy seguro que si uno pudiera intentar una experiencia análoga y fotografiar, sobreponiéndolas, los diferentes retratos de las mujeres que un mismo hombre ha amado ó ha creído amar en su vida, descubriría que todas esas mujeres se parecen. Los más inconstantes no han querido jamás que una sola misma, á través de cinco, seis, pongamos veinte figuras. No han perseguido jamás sino un solo y mismo ser á través de muchos seres... El todo es saber á qué edad ellos encuentran la mujer que se acerca lo más posible á ésa de la que llevan en ellos el modelo. Esa edad será para cada uno la edad del amor.

—¿La edad de ser amado?—continuó—. La más profunda de las pasiones que yo he visto nunca á un hombre inspirar, era uno de mis maestros, un poeta, y tenía entonces sesenta años. Es verdad que se tenía derecho como un joven; que iba y venía de un paso tan ligero como el de usted; que hablaba como Rivarol; que hacía versos tan hermosos como los de Vigni; y además de todo eso, habiendo perdido uno tras otro su

mujer y sus hijos, era muy pobre, muy solitario y muy desgraciado... Y ese gran artista inspiró un afecto tan apasionado á una joven rusa, bella, noble y rica, que ella no se casó por él, que encontró el modo de cuidarle en su última enfermedad, día y noche, á pesar de su familia, y que aún ahora, habiendo rescatado á los herederos todos los objetos que pertenecieron al poeta, conserva la habitación donde él vivió, intacta como en su último día. ¡Y hace quince años de esto!... Es que ella había encontrado en este hombre, que tenía tres veces su edad, el ser idéntico á cierta imagen que llevaba en su corazón... Pero para pintar sentimientos de esta altura—agregó—usted debe renunciar al pequeño procedimiento de observación insignificante. Tenga el valor, para analizar emociones superiores, de crear personajes superiores y verdaderos. Todo el arte de la novela de análisis está ahí...

Al hablar así, el maestro tenía en las pupilas tal fuego de certidumbre intelectual, y se me aparecía él mismo tan semejante á esos personajes superiores á la pintura de los cuales me invitaba, que yo no encontraba pretenciosa la teoría de ese casi sexagenario: que uno puede ser amado en cualquier edad. Después de haber disertado conmigo largo tiempo, acabó por decirme:

—Puesto que usted está en Nemours, espero verlo varias veces todavía, y hoy no quisiera dejarlo marcharse sin hacerle conocer mis invitados...

¿Qué contestar? Y así fué cómo un simple reportero del *Boulevard* se encontró, al sonar las cinco de la tarde, instalado en una mesa de te,

en el salón de un castillo, donde, seguramente, ningún periodista había jamás entrado, y presentado, como un joven poeta y novelista de porvenir, á la vieja marquesa de Proby, en cuya casa el maestro estaba de visita; esta amable dama de cabellos blancos me interrogó sobre mis pretendidos trabajos, y yo contestaba con mentiras obligadas, con un sonrojo que la buena señora debía interpretar por la más ingenua timidez. En ese momento entraron las dos mujeres jóvenes que yo había visto salir. ¡Ah, mi entrevistó con el novelista feminista sobre la edad del amor! ¿Qué comentario tan vivo hice de repente al verlo charlar animadamente con una de las dos visitantes! Era una muchacha de veinte años quizá—una señorita de Russaie—; sí, comprendí bien su nombre. Era bastante alta, con una cara un poco alargada que alumbraban dos ojos muy negros y muy dulces, de un ardor y de una fijeza singulares. Adiviné, en su manera de mirar y de escuchar á Fauchery, el interés apasionado que el viejo maestro le inspiraba. Cuando él hablaba, ella estaba prisionera de su palabra; cuando ella le hablaba, yo sentía temblar su voz, y él, el glorioso escritor, saturado de triunfos, extenuado de trabajo, parecía, desde que estaba en el esplendor de esta ingenua idolatría, haber recuperado la vivacidad, la elasticidad de impresión que es la gracia soberana de la juventud apasionada.

«He aquí la explicación de sus consideraciones sobre la edad de amar», me dije, sonriendo. El pensaba en sí mismo. Está enamorado de esa joven, y ella le ama. Será un matrimonio ruidoso, y cuando el señor Pascal sepa que yo he asistido á esos esposales... Por el momento, pensemos en la entrevista. Fauchery se sorprenderá al leerla pasado mañana en el periódico. ¿Pero leerá los periódicos?... No es muy correcto... ¿Pero qué mal le hago? Y ante todo, *la lucha por la vida*.

—O—

¿Qué sucede en nosotros durante el sueño? ¿Hay un irresistible y secreto trabajo de nuestras ideas que fermenta, sin que nos demos cuenta, mientras nuestros sentidos permanecen cerrados á las impresiones del mundo exterior? El caso es que cuando me desperté me encontré en disposiciones muy diferentes de las que tenía al dormirme. Hacía apenas diez minutos que había abierto los ojos, y la imagen de Pedro Fauchery surgió delante de mí. Y la idea de que yo había abusado de su graciosa acogida me fué sumamente insostenible. Experimentaba un vehemente deseo de volver á verle, para pedirle perdón de mi mentira. Yo quería decirle quién era, con qué fin me había introducido cerca de él, y mi arrepentimiento. Pero no necesitaba hacer tal confesión. Bastaba con destruir las páginas que había escrito la víspera. Me levanté con esta idea. Antes de romper las las reliés... Y después—todos los hombres de letras me comprenderán—me parecieron tan acertadas, que no las rompí. Una idea pasó por mi cabeza: «Fauchery es muy inteligente y muy generoso; después de todo, ¿qué hay en esta entrevista que pueda verdaderamente ofenderlo? Nada; absolutamente nada. ¿Si yo me presentara de nuevo á él, si le dijera toda mi historia, y que del éxito de esta entrevista dependía, quizá, mi porvenir de periodista? Cuando él supiera que he vivido cinco años de miseria y de trabajo, sin llegar á nada, y que he tenido que entrar en la prensa para tener un pedazo de pan, me perdonaría, seguramente me compadecería, y me contestaría: «Publique su entrevista...» Sí



¡Perfectamente!—me dije—; este es el secreto de este destierro

Pero, ¿y si me prohíbe publicarla?... No, no me lo prohibirá...»

Pasé la mañana á debatir este proyecto. Yo sabía que mi jefe era muy generoso para el artículo interviú, cuando le gustaba. ¿No me había prometido él mismo una prima si yo confesaba á Fauchery? Yo estaba decidido á intentar la experiencia, cuando, al terminar un almuerzo apresurado, y en el momento en que yo montaba en el carricoche que me había conducido la vispera, vi pasar, al gran trote de un caballo de raza, una victoria con escudos, y, estupefacto, reconocí, sentado sobre los cojines y entregado á una nostalgia melancólica, que desmentía su buen humor de la tarde anterior, ¿á quién? ¡Pedro Fauchery, él mismo! Una pequeña maleta colocada al lado del cochero indicaba que se dirigía á la estación. Miré el reloj. El tren de París salía dentro de doce minutos. El tiempo para amontonar yo mismo mis cosas, en mezclanza, en mi maleta; de pagar mi cuenta, y el mismo coche que debía llevarme al castillo me dejó en la estación. De un salto me metí en un compartimiento y coincidí enfrente del célebre escritor, que me decía:

—¿Usted también abandona Nemours? Usted es como yo: le falta París para poder trabajar bien—continuó—; he pensado mucho, desde ayer, en nuestra conversación y en vuestro libro, y temo haber expresado mal mi pensamiento. Cuando yo le decía que uno puede amar y ser amado á cualquier edad, debí agregar que este amor llega algunas veces demasiado tarde. Es cuando uno no tiene el derecho de probar á la que ama cuánto la ama, sino por el sacrificio... Quisiera, rogándole que no se sirva de él, porque este secreto no es mío, darle un documento, como se dice hoy, el cual es por sí solo todo un pequeño drama y todo un desenlace...— Y sobre mi promesa de discreción: —Tuve un amigo—dijo—, un camarada de mi edad, que había amado á los veinte años á una muchacha. El era pobre. Ella, muy rica. Los padres los separaron. Esta muchacha se casó con otro, y murió poco tiempo después. Mi amigo vivió. Usted sabrá un día que es igualmente verdad decir que uno se cura de todo, que no se consuela de nada. Yo había sido el confidente de su locura. Lo fui también de las aventuras á las que se lanzó después de esta primera, de esta imborrable decepción. El sintió é inspiró otros amores. Probó otras felicidades. Y, sin embargo, cuando estábamos solos y nos hacíamos las confidencias íntimas, siempre la novia ideal de sus veinte años reaparecía en sus recuerdos. Cuántas veces me decía: «Yo no he buscado nunca sino á ella á través de las otras, y como ellas no eran jamás completamente aquélla, después de ella, yo no he querido, verdaderamente, á ninguna...»

—¿Y ella?—le pregunté.—¿Le había amado?

—El no lo pensaba—contestó Fauchery—. Al menos, ella no se lo había dicho jamás... Ahora imagínese á mi amigo en la edad que yo tengo, aproximadamente. Véalo, ya entrecano, abrumado por la vida y bien persuadido de que, al fin, ha logrado la tranquilidad de espíritu. Y he aquí que en una temporada que pasó en provincia, en casa de unos parientes, encontró á una niña de veinte años, el retrato, el

alucinante retrato de aquella con quien él quiso casarse treinta años antes. Sabe usted, una de esas semejanzas singulares que van del color de los ojos, al timbre de la voz, de la sonrisa al pensamiento, del gesto á los más finos matices del corazón... No es en dos frases descosidas, sino en páginas interminables, donde habría que estudiar los extraños sentimientos que yo vi se combatían en mi amigo: una ternura á la vez presente y retrospectiva por un ser muerto á través de un ser vivo; ese hipnotismo del alma que no sabe dónde acaban los recuerdos y los sueños, dónde empieza la emoción real, ese enmarañamiento cotidiano del fantasma de una novia muerta, con eso que hay de más vivo, de más fresco, de más irresistiblemente natural y espontáneo: ¡una muchacha!... ¡Que va, viene, se ríe, canta; uno se pasea con ella en la intimidad de una existencia en el campo, y uno ve á la muerta al lado de ella! Después de un abandono casi irreflexivo en las peligrosas delicias de esa perturbación interior, imagínese á mi amigo entrando, por casualidad, una mañana en una de las piezas menos frecuentadas de la casa: una galería donde se encontraba, entre otros cuadros, un pastel; retrato de él cuando tenía veinticinco años. Se acerca á ese retrato distraíentemente. La chimenea estaba encendida, de manera que un ligero vaho empañaba el cristal que protegía el retrato, y sobre ese cristal mi amigo vió marcado distintamente la huella de dos labios que se habían posado, sobre su retrato, en los ojos—dos finos y delicados

labios cuya huella le hizo latir el corazón—. Salió de la galería y le preguntó al criado. Nadie había entrado allí desde por la mañana, después que la señorita había estado sola un rato...

—¿Y entonces?—le pregunté yo, al ver que se callaba.

—Entonces mi amigo volvió á la galería; miró nuevamente la adorable huella de la más inocente, de la más apasionada de las caricias. Un espejo estaba á sus espaldas; al volverse, vió y comparó su cara de hoy á su cara de entonces; el hombre que había sido, al hombre que era. Lo que pasó por él en ese minuto no me lo contó jamás, ni yo se lo pregunté nunca... ¿Tuvo quizá la impresión de que era culpable de inspirar una pasión á una muchacha que habría sido él un loco, criminal casi, si se casara con ella? ¿Comprendió que á través de su vejez, todavía tan sensible, era su juventud la que amaba esta niña? ¿O se acordó, con una dolorosa amargura, de la otra, de aquella que no le había dado nunca ese beso, cuando á él le era permitido devolvérselo?... Yo sé solamente que se marchó el mismo día para no volver á ver jamás á esa niña que él no podía amar con la esperanza, con el candor, con el alma de sus veinte años, como había amado á la otra...

«O-O»

Algunas horas después de esta conversación yo estaba de nuevo en las oficinas del Boulevard, sentado en el despacho del señor Pascal, que me decía:

—¿Ha entrevistado usted á Fauchery?

—No ha querido recibirme—le contesté descaradamente.

—¿Qué le había dicho yo á usted?...—dijo con risa burlona.— Ya nos la pagará á la aparición de su próximo libro—. Y agregó, mirándome:— Además, sabe usted, amigo Labarthe, mientras usted tenga ese aire de infeliz, qué quiere usted hacer en la prensa...

Yo me incliné ante el mal humor del patrón. ¿Qué habría él dicho si supiera que yo tenía en el bolsillo su interviú, y en mi cabeza una anécdota más que suficiente para borrar la más bonita crónica? Y él no tuvo ni la interviú ni la crónica. Después he hecho mi camino en esta prensa donde yo debía fracasar. Perdí mi aire de imbécil... y gano más de los treinta mil francos al año. ¡Y nunca he sentido al publicar el más fructuoso, el más retumbante artículo, igual placer que cuando metí en mi cajón, para no publicarlas nunca, las cuartillas contando mi visita á Nemours.

Pienso á menudo que yo no he servido á las Letras como yo quería, puesto que á través de mi inmensa labor no he escrito un libro. Pero cuando recuerdo el irresistible movimiento de respeto que me impidió cometer frente á un maestro querido y admirado una muy provechosa, pero infame indiscreción, me digo: «Si tú no has servido á las Letras, tampoco las has traicionado.» Y ahora que Fauchery no está ya en este mundo, he creído poder contar mi «primera encuesta». No hay ninguna de la que yo esté más orgulloso y guarde mejor recuerdo.

PAUL BOURGET

(Traducción de LEON)

Dibujos de Manchón



... la huella de dos labios que se habían posado sobre su retrato...

LA ADMIRABLE
Suntuosidad
DE LAS
PROCESIONES
DE
SEMANA SANTA
EN LA
BELLA MÁLAGA



El Cristo de la Sangre, uno de los «pasos» más notables de las procesiones de Málaga

«La Piedad», escultura del notable artista malagueño D. Francisco Palma, que ha sido sacada en procesión este año por vez primera

Málaga ha logrado, en muy pocos años, hacer famosas sus procesiones de Semana Santa. El lujo suntuoso con que los malagueños «comentan» y encuadran los «pasos», tiene sobre todo una característica de buen gusto intensamente artística que, por serlo tanto, resulta emocionadora en el mayor grado



La procesión de María Santísima de la Amargura, á su regreso á su templo por el típico barrio de la Trinidad, en la mañana del Viernes Santo (Fots. Agullera)

FIGURAS DE AYER

CANALEJAS, EL GOBERNANTE QUE ROBARON Á ESPAÑA

ALBORES del reinado de Alfonso XII. Pali dece la porfia carlista; el príncipe vencido transpone las fronteras. Gobierna Cánova: del Castillo; son ministros Toreno, Molins, Lópe; de Ayala... Conspira Ruiz Zorrilla; contienden Castelar, Pidal, Pi Margall, Martos, Sagasta, Balaguer, Posada Herrera... Traza páginas inmortales Menéndez y Pelayo; apresa el cetro de la novela hispana Galdós; publica Pereda, prócer en la república literaria é hidalgo en su tierra montañesa, *El bucy suelto*; D. Juan Valera, elegante y docto, filósofo y poeta, adereza sus egregias fábulas; encierran con fervor filial entre las guardas de libros admirables almas y paisajes astures, *Clarín* y Palacio Valdés; escribe Alarcón; bajo el cielo brumoso, la dulce musa galaica desgrana los cantos de Curros Enríquez y Rosalía de Castro, enviando á Castilla una dama excelsa, cuyo genio anula límites de región y se transforma en prestigio perenne de su patria; las montañas altivas de Cantabria y la parva meseta central regalan á España dos trovadores; Campoamor y Zorrilla tienden un puente de estrofas desde las riberas del mar bravío—ruta de ensueños y de audacias heroicas—hasta la panda llanada donde dejó el Duero la serpentina de plata de sus aguas.

El monarca galán enamora á una infantina, frágil y bella, de conseja, que pasará por la historia como una sonrisa de fugaz primavera, cuyo recuerdo han de evocar luego voces de aurora femenil cuando florezcan los jardines...

«¿Dónde vas, Alfonso XII?
¿Dónde vas, triste de ti?»

Pasean damiselas y lechuguinos por el Prado. Pintan Rosales y Pradilla; cantan Adela Patti y Julián Gayarre; declaman Vico, Calvo, Elisa Boldín, Matilde Díez, Teodora Lamadrid; Tamayo, García Gutiérrez, Echegaray surten de farsas los tablados cortesanos; Ayala saltará poco después de la Presidencia del Congreso al escenario del Español para estrenar *Consuelo*, trocando—escritor primero—los aplausos de los diputados, enardecidos bajo el dominio de su elocuencia, por los del público que ha de trenzar, entre ovaciones, la más codiciada corona para la frente del dramaturgo. Escribe sainetes Ricardo de la Vega; lidian reses bravas *Frasuelo* y *Lagartijo*. Menudean los saraos en el palacio de Cerbellón, en las residencias de la duquesa de la Torre, de los condes de Superunda, de la condesa de Campo Alange. Afilan las flechas de su ingenio Cánovas y Castelar. Grilo, cuyos poemas riman mejor en aristocráticas mansiones, ante benévolo y agradecido concurso, recita sus *Ermitas*. Dentro de aposentos isabelinos, unos dedos suaves y blancos como lirios danzan por el teclado del clave, mientras en los labios—rosados solamente—se desvanece una romanza, y otra mozuca de vueluda falda, inclinando su testa engudejada sobre un escriño romántico, compone la epístola de amor que su cortejo espera inquieto en un salón del *Velos Club*.

La juventud, que ha de ser alma de la crónica ibera de mañana, confínase en el viejo Ateneo matritense, escuela de patriotismo, aula de ciudadanía. Durante el fragor de la pelea aprenden práctica de deberes, ejercicio y defensa de de-

rechos, preocupa lo venidero, adiciónase cultura; sólo se hace calle al talento y albergan los espíritus, como sagrarios que ilumina la fe, amores é ideales.

La postrera generación marcha, sin proclamarlo, en la vanguardia de la política y de las letras. No precisan los bisoños, nutridos de ciencia y plenos de masculinidad, atraer la atención popular, como histriones en feria pueblerina, mediante piruetas de payaso ó desvarios de demente. Basta la pujanza de la obra y el vigor del impulso. En el ambiente mentado se acusa la silueta de D. José Canalejas. Finan sus tareas universitarias y regenta un cargo ferroviario parejo al que auxiliara á Cánovas en los comienzos del vivir. Se asemejan ya las andanzas primeras de los dos estadistas á quienes esconde el destino mellizo desenlace.



Don Alfonso XIII despachando con el malogrado ilustre político D. José Canalejas

(Fot. Campúa)

Hombre de trabajo, tonificaba sus arrestos, acrecia su actuosidad, la tarea compleja, árida, de despertar al pueblo, á cuyo escepticismo se incorpora, no tardando, el letargo mustio de los desalados, zagüero de la cólera impotente y epílogo normal de la tragedia ultramarina. Canalejas avizó el término de su caminar en el primer puesto del banco azul y obstinóse—disponiendo futuras jornadas—en que á sus merecimientos, á su haber, se juntaran el crédito, la confianza de la opinión, único modo como él sabía y quería comenzar su empresa transformadora, de raigambre y alientos no parodiados.

Desde la aurora de su actuación en el Parlamento y en la Prensa—los dos amores del preclaro gobernante, potentes, á su entender, para trocar el rumbo nacional—los éxitos se enlazan, salta su fama los linderos patrios, avanza rauda hacia la cumbre. Pero ya ex ministro, quebrada la doncellez de los halagos que la mocedad paladea deleitándose, el ateneista de ayer hace un alto en su marcha y aguarda con la credulidad misteriosa de los elegidos.

El paladín de la democracia se desvincula de la política añosa, enclenque, canija, que perdió entre las garras de sus desaciertos carne y tierra de España. Dos hombres—en fechas distintas—se desgajan de los actores y de los usos que el público clamor residencia y rechaza: Silvela, atribulado, con un gesto de señorial hastío, emigra; Canalejas, cierto de la reciedumbre de su esfuerzo, aguerrido, luchador, consciente, ilusionado, espera...

Se halla en el trono Alfonso XIII. Otra princesa de cuento azul, con sus pupilas, engarzó, dentro del Alcázar cortesano, el poema de unos regios amores. Gobierna Canalejas. Le aplaude, erguida ante el escaño rojo, la austera arrogancia de D. Antonio Maura. El genio de Galdós ha dejado otro cuartel enorgullecido en el blasón secular de nuestra raza; D.^a Emilia Pardo Bazán, la dama excelsa de la dulce Galicia, trazara ya sus libros mejores; Blasco Ibáñez produjo la espuma de su obra; cincela prosas Valle Inclán; viven Cajal y Torres Quevedo; Benavente ha escrito *Los intereses creados*. Perera Mella, esculpe Benlliure, pinta Sorolla, enaltecen la escena María Guerrero y Rosario Pino. Mozos de la hornada postrera hácese puesto entre los consagrados, acusando su intelectual denuesto. Son todavía románticos los escolares y sueñan aún las menestralas con los atardeceres dominicales. No aprendieron las damiselas á destrozarse el léxico con vocablos plebeyos ni el calzado con danzas exóticas... Renacen apetitos de regeneración; se restañan heridas; se recuerdan proezas. Sacude su melena el león castellano y en el horizonte abre el optimismo un dorado abanico de posibles venturas.

... Y surge el hombre que imploraba el instante.

Pero Canalejas apenas puede legarnos, ejecutado, una brizna de su programa. Buceando en la historia acabada de pergeñar, quebranta, desazona, el infortunio de los políticos hispanos, parejo al desvío inclemente de la grey. Cánovas, cerebro y gestor de la restauración, consumido su impulso magno en cubrir la brecha de sangre y de odios abierta en la crónica española, zuriendo dos fechas distantes, restableciendo la concordia entre los ejércitos enfiebrados, creando una legislación, cae asesinado por un anarquista cuando de su clarividencia, de su autoridad, de su linaje, pudjera aún aguardarse emienda de yerros que paliaran—sortearla parecía superior á la humana fortaleza—el hórrido descalabro cuyas alas endrinas velaban ya los destinos patrios.

Canalejas, apóstol de la libertad, prendado de la tolerancia, ganoso de abordar en su entraña decisivos y arduos problemas, consume dos años luengos en la atracción de masas, en mantener el orden con la consciencia del gobernante custodio escrupuloso del prestigio nacional. Y cuando el estadista desbroza su senda, otra pistola, gemela á la del italiano de Santa Agueda, cierra la historia del caudillo.

El anarquismo internacional denota su gárrula predilección por el suelo ibero. Los adolescentes predispuestos, los candidatos al suicidio que imploran para el nombre anónimo y la labor ignara la celebridad del crimen, fueron encaminados hacia la tierra hidalga que abría confiada sus ciudades.

En contraste, cuando la fiera de la guerra más infame y cruel lanzaba sus aullidos, clavando en Europa zarpazos de miseria y de luto, los anarquistas corrieron á sus madrigueras, como conejillos pavorosos, al brillar en los campos la primera espada...

José MARIA DEL BUSTO

La centenaria

EN las buenas mañanas de invierno solíamos verla sentada á la puerta de su casa de campo, muy atenta á su blanca costura y más agradecida á la dorada caricia del sol.

Era feliz la centenaria con su abrumadora carga de años, que ya había dejado de pesarle; pues el tiempo, piadoso, borra los recuerdos de dolor y de alegría de estas vidas extraordinarias-excesivamente largas. Se cansa también el tiempo de prodigar emociones.

Sobre las arrugas profusas, hondas, de aquel rostro ceniceño, triunfaba una ingenua sonrisa semejante á las de los ángeles y los niños. Para ella, el pasado era una noche serena, un mar sin olas, un inmenso valle de olvido. Había traspasado la linde de las humanas inquietudes, pero solamente su alma. Mejor diríamos que en su cuerpo aya lo vivía ya un alma nueva ajena á los azares del mundo. El reino de Dios había venido á ella, de tanto pedirlo en rezos fervorosos.

Cuando hablaba, lo hacía siempre refiriéndose á acontecimientos próximos, á sus pequeños quehaceres, á sus tiernas labores. Vivía con su nieto, un hombrón trabajador y honradote; quien, venerándola, presentía el alto prestigio de un ser suyo á quien amaba, más que por razón de sangre, por razón de respeto. Aquel ejemplo de larga vida hacía la Vida, á los ojos del nieto, digna, hermosa y deseable. La existencia del cuerpo, con todas sus inquietudes y sus luchas, es para las almas rudimentarias lo mejor, porque es lo conocido, lo positivo, lo seguro; en tanto que la vida del espíritu sólo muy pocos saben adivinarla, y menos aún llegan á apeteerla de un modo sincero.

La viejecita se levantaba temprano; preparaba el desayuno, despedía al nieto, ordenaba la casa, vigilaba el jardín, y se sentaba, por último, á coser en una silla baja, cerca del camino, al amparo del sol. Era el sol para ella como un amigo antiguo, cerca del cual sintiéndose joven, pequeña, dichosa.

«Debe de haber visto morir á sus hijos—pensábamos nosotros siempre que nos encontrábamos á la anciana—. Debe de haber pasado por todas las amarguras.» Y como si se burlase de nuestros pensamientos, la viejecita nos mostraba la gloria de su sonrisa, avergonzándonos y reprochándonos nuestra ignorante compasión.

Un día nos detuvimos á interrogarla, deseando hacer la luz en su memoria; porque, aunque para los viejos la amnesia sea la felicidad, á los jóvenes nos duele la debilidad física de aquéllos.

—¡Cuántas cosas tendrá usted que contar, señora!

—¡Ya lo creo!

Y alzaba sus brazos con trabajo, pero sin pena. No se acordaba más que de los cuentos.



(Dibujo
de
Máximo Ramos)

Es decir, de lo sencillo, de lo infantil, de lo único puro de la vida.

—¿Habrá usted tenido mucha familia?

Se sorprendió la viejecita un instante, igual que los niños que no entienden los vocablos de los adultos. Luego volvió á sonreír con su buena sonrisa seráfica. Todo, todo había huído de su mente. Su corazón era viejo; pero sus sentimientos volvían á la simplicidad y á la pureza de la niñez.

«Es una bendición del Cielo llegar á esta metamorfosis de la personalidad», hubimos de convenir cuando aún estábamos en presencia de la anciana. Luego nos despedimos de ella reteniendo amorosamente entre las nuestras sus manos sarmentosas, y nos alejamos como purificados, con ese mismo júbilo del alma que deben de sen-

tir los creyentes enfermos que han tocado una reliquia.

Poco después supimos que la centenaria había muerto. Y la noticia nos sorprendió como si nos hubiesen dicho que un recién nacido había subido al Cielo. La centenaria había subido al Cielo también.

No había muerto la viejecita, no. Todo en ella había ido muriéndose antes. En su interior, mil mudanzas milagrosas se operaron. El fin de su carne, bellísima carne surcada de arrugas santas, no era más que una lógica y postrera mutación. No estaba bien contenida tanta gracia nueva, tan sencillos amores y tan deliciosa inocencia en aquel vaso antiguo.

JOSÉ Y MANUEL PRADOS LOPEZ

CON voz incolora y cierto ritmo tartamudeante vamos vertiendo nuestras frases de disculpa. Sabemos que aquel señor de semblante bondadoso, de cabellera, bigotes y barba níveos, de ojos alegres y reidores tras de sus gafas de míope, procura esconder tristezas del hogar y apremios del tiempo y de mil solicitantes entre su culto á Cervantes y el garrido gracejo de su chispeante ingenio. Puesto que nos concede tan inmerecida honra y tan señaladísima merced, empecemos nuestro interrogatorio.

DE CONFIDENCIA EN CONFIDENCIA

—¿Cuál es la obra, querido maestro, que usted ha llevado á cabo por mayor espacio de tiempo y con más juveniles entusiasmos?

—La de las anotaciones al *Quijote*—nos replicó amablemente.

—Desde luego que ya lo sabíamos por el *Post Scriptum* del séptimo y último volumen de su tercera y postrera edición crítica; pero deseaba su confirmación de viva voz.

—Pues de viva voz insistió en lo que dije. «He terminado, gracias á Dios, la obra de más empeño que emprendí en mi vida, y de la cual no estimo sino como tanteos y ensayos mis dos ediciones de 1911-13 y 1916-17.»

—Perdóneme usted, venerable amigo, que, haciendo más las palabras del crítico D. Eduardo Gómez de Baquero, eleve á gran altura aquellos ensayos y tanteos. ¡Cuántos que ya somos viejos no hemos realizado ni una millonésima parte de la empresa por usted ejecutada y colocada en la alta cumbre del saber hispano!

—No es así. Aquellas ediciones anteriores son: la primera, un índice de errores de mis predecesores; la segunda, una base de sustentación de la actual edición, con nuevas autoridades que corroboran mis asertos y con más extensas investigaciones, muy por bajo de esa cumbre imaginada por usted.

—Es usted quien desde ahora puede ostentar con legítimo orgullo el patriarcado y pontificado del Cervantismo.

—Lo único que hay cierto es que «ahora, por la perseverante labor de tantos comentadores, yo en todos sentidos el último, están más que medianamente inteligibles para los modernos todas las reconditeces gramaticales, lexicológicas é históricas del texto del *Quijote*».

—Pero usted, eximio maestro, juzga á sus notas desprovistas del mérito suficiente de una buena lectura para todos, sin excepción.

El señor Rodríguez Marín sonríese burlonamente, y sus ojos, como dos epigramas de tiempos mozos, brillan con singular malicia. Después lanza un profundo suspiro de añoranza y exclama, patriarcalmente:

—¿No me dijo usted al terminar la lectura del sexto volumen de esta mi tercera edición quijotesca, que pasaban de seis mil las notas de los seis tomos?

—Sí, maestro. Anoté ó enumeré 6314.

—¿No enumeró usted también todas las de mi segunda edición?

—Sí, señor. Quedaron muy por bajo; no pasaron de 5.612.

—¿Usted no asistió á mi conferencia «Se lee mucho á Cervantes»?

—Sí, maestro. Recuerdo que varios amigos suyos de Sevilla se jactaban de leer el *Quijote* con asiduidad, releer los capítulos predilectos y tener presentes en la memoria paisajes y pasajes de la «Biblia del Buen Humor».

—Y como cháchara festiva les referí, pasado un rato y mudada la plática, el de la viuda que, habiendo menospreciado hombres cultos é instruidos, alegó con la mayor y más candorosa convicción que para lo que le quería sabía más que Aristóteles el jayán robusto y zafio á quien preferiera.

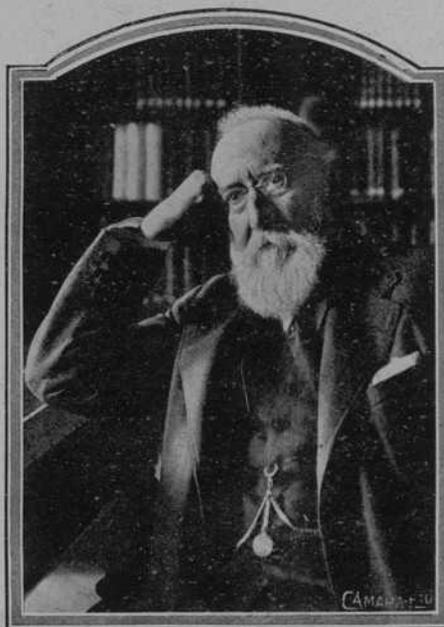
—Sí, sí. Ninguno de sus amigos cayó en la cuenta de su ironía hasta que usted les recordó el pasaje quijotesco en que figura tal cuentecillo.

—También recordará el chiste que dicen que dijo D. Jacinto Benavente, exhumado por mí en las *Aadiciones y Enmiendas* puestas al final del tomo sexto.

—El de «á tontas y á locas», atribuido hasta por gentes doctas al autor de *Pepa Doncel*.

—Pues lo que usted no sabe es otro sucedido de mis lozanos abriles.

Una charla con don Francisco Rodríguez Marín acerca de su última edición del "Quijote"



DON FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN
Ilustre director de la Biblioteca Nacional
(Fot. Díaz Casariego)

—Soy todo oídos, D. Francisco.

—El único abogado con quien estuve de pasante en Sevilla era un andaluz con la gracia per arrobos.

—Yo he tenido el placer de solazarme con los escritos de *El Bachiller de Osuna*, que tiene la sal fina por toneladas.

—Dejemos el salero en la cocina.

—Algo, y aun algo, ha aportado, derramado y vertido usted en la de Don Quijote, como se comprueba en uno de los 41 *Apéndices* de su tomo final.

—Reanudemos el hilo. Un día, en vez de llamar á otro cualquiera de sus pasantes, D. Miguel Corona me llamó á mí. La sala de la Audiencia de Sevilla había dictado un auto, á su juicio desatinadísimo, y contra el cual no cabía sino el recurso de súplica. Como yo estaba algo avezado por el periodismo á esquivar los garlitos del Código del 70, leyóme el borrador de un escrito en que interponía el tal recurso, para saber si se le habría deslizado alguna inconveniencia de las que con razón ó sin ella se pagan caras.

—¿Y la cometió su amigo de usted?

—La cometió, pero yo la callé.

—Si usted la calló, ¿en dónde está el *intrín-gulis*? Perdóneme tantas interrupciones.

—La callé hasta que acabó la lectura y batió palmas por finalizarla sin objeción alguna. Supliqué volvierá á leer la cuartilla 13. ¡Mal número! Leída de nuevo, le hice reparar dónde se le había escurrido la pluma. Releyó el pasaje varias veces, y convino que, sin ser punible ni mucho menos, su repulsa podría originarle bastantes sinsabores y zozobras. ¡Ahí es nada tratándose de los vuelos de cinco vuelillos! Quedóse suspenso y con la pluma en ristre, pronta á enmendar la frase pecaminosa.

—¿Y la enmendó?

—No sólo apartó la pluma á un lado, sino que prorrumpió en contagiosa hilaridad. Al fin díjome:

—El magistrado fulano leerá el principio y el fin; el magistrado mengano, el principio y el fin, y los otros tres, ni eso.

—¿Sucedió así?

—Y tanto. El recurso no se ganó; pero no hubo quebranto alguno para la tranquilidad de D. Miguel.

Acabada de contar esta anécdota, reímos como dos bienaventurados D. Francisco Rodríguez Marín y el que suscribe. ¿Quién se atreve á con-

jeturar que serán leídas todas las notas críticas del sabio polígrafo? En el *Heraldo de Aragón* y en *La Tarde*, de Canarias, D. Eduardo Gómez de Baquero aseguró que se lee mucho á Cervantes (por el hecho indudable de venderse muchas ediciones del *Quijote*.) Mas el venderse y hojearlo no quiere decir que todos los compradores lo lean de cabo á rabo, y menos el que lo graben en la memoria. Compran el *Quijote* para decir: «Lo tengo.»

—Usted—nos dice el Sr. Rodríguez Marín—se cata y percata de que es axiomático tengan malas entendederas quienes no leen y quienes no se toman el trabajo de recordar.

—En efecto, ¡con qué persuasión incitaba el malogrado Emiliano Ramírez Angel en *A B C* á que nos acordáramos de Cervantes!

—Mire usted, amigo Báig Baños: la *sordera nacional*, á que se refería D. Marcelino Menéndez y Pelayo, según usted acaba de citar en *Cavia como cervantista*, se está curando en gran parte allende los mares.

—Sí, querido maestro; los hispanoamericanos estudian con tesón al que fué «Manco sano y Regocijo de las Musas». Ya he leído los elogios merecidos que usted prodiga á Rufino José Cuervo, Andrés Bello, Miguel Antonio Caro, Amador Urdueta y otros más.

—Ellos y las generaciones sucesivas calarán en «El Modelo más probable del Don Quijote». Como digo en el Apéndice XL de esta mi tercera edición: «Bien á las claras se echa de ver que CERVANTES quiso bromear con sus lectores en lo que toca al apellido de su héroe; pero entre estas bromas, si por lo de *Quijano* se puede conjeturar plausiblemente, añadidas las noticias que aporté en mi conferencia anterior, que *Martin de Quijano*, veedor de las galeras en cuyas provisiones estuvo empleado CERVANTES, fuese uno de los modelos vivos del *Don Quijote*, por lo de *Quesada* y *Quijada* puede inducirse—pues, como queda indicado, es verosímil que para forjar su héroe tuviese en memoria dos ó más sujetos reales—que conoció, de trato ó por circunstanciadas referencias, á algún *Quesada* ó *Quijada*, hombre extravagante y muy aficionado á la lectura de los libros de caballerías, hasta el extremo de tomar por realidades sus ficciones, de padecer tal ó cual alucinación caballerescas y de inclinarse á imitar, intentáralo ó no, las fabulosas aventuras emprendidas y llevadas á feliz término por sus imaginarios personajes.»

—Y, desde luego, que los mal avenidos con los andalucismos de Cervantes, que usted, insigne maestro, ha ido anotando en los distintos capítulos de la novela inmortal, convendrán que la Mancha no queda por usted relegada al olvido. Existen, como usted patrocina, indicios de que «quizá en la villa natal de su mujer, en Esquivias», lugar de la Mancha de Toledo, halló CERVANTES el núcleo ó embrión de su Don Quijote».

COLOFÓN Á NUESTRA ENCUESTA

—El cierzo madrileño, aunque no hiele sus apasionados cervantinos, en esta noche reclama que pongamos el colofón á nuestra entrevista. Otro día platicaremos de lo que usted quiera.

Don Francisco Rodríguez Marín se levanta de su sillón, y nosotros le imitamos. Gran pesar nos produce separarnos de esta mentalidad ilustre por más de un concepto, hombre de toga que, al ejercer su profesión de abogado por espacio de más de veinticinco años ante la diosa Themis, incapaz de desarrugar su severo ceño, en otra mesa frontera guardaba en su bufete de consultas las cuartillas amenas y eruditas de aquellos libros suyos *El Loaysa de «El Celoso Extremeño»*, *Luis Barahona de Soto*, *Rinconete y Cortadillo* y *Pedro Espinosa*, premiados por la Real Academia Española.

Salimos. Ya en nuestra mesa de trabajo, repasamos los 20 títulos de sus obras, cuyas páginas son mieles sobre hojuelas. Ojalá que los venideros lean más que los presentes, venerando está humildad del maestro: «Acerca de mi trabajo sólo sé y afirmo que he dedicado á estudiar á CERVANTES veintinueve años de mi vida, y que hice cuanto pude y supé por lograr el acierto y por honrar su venerable memoria.»

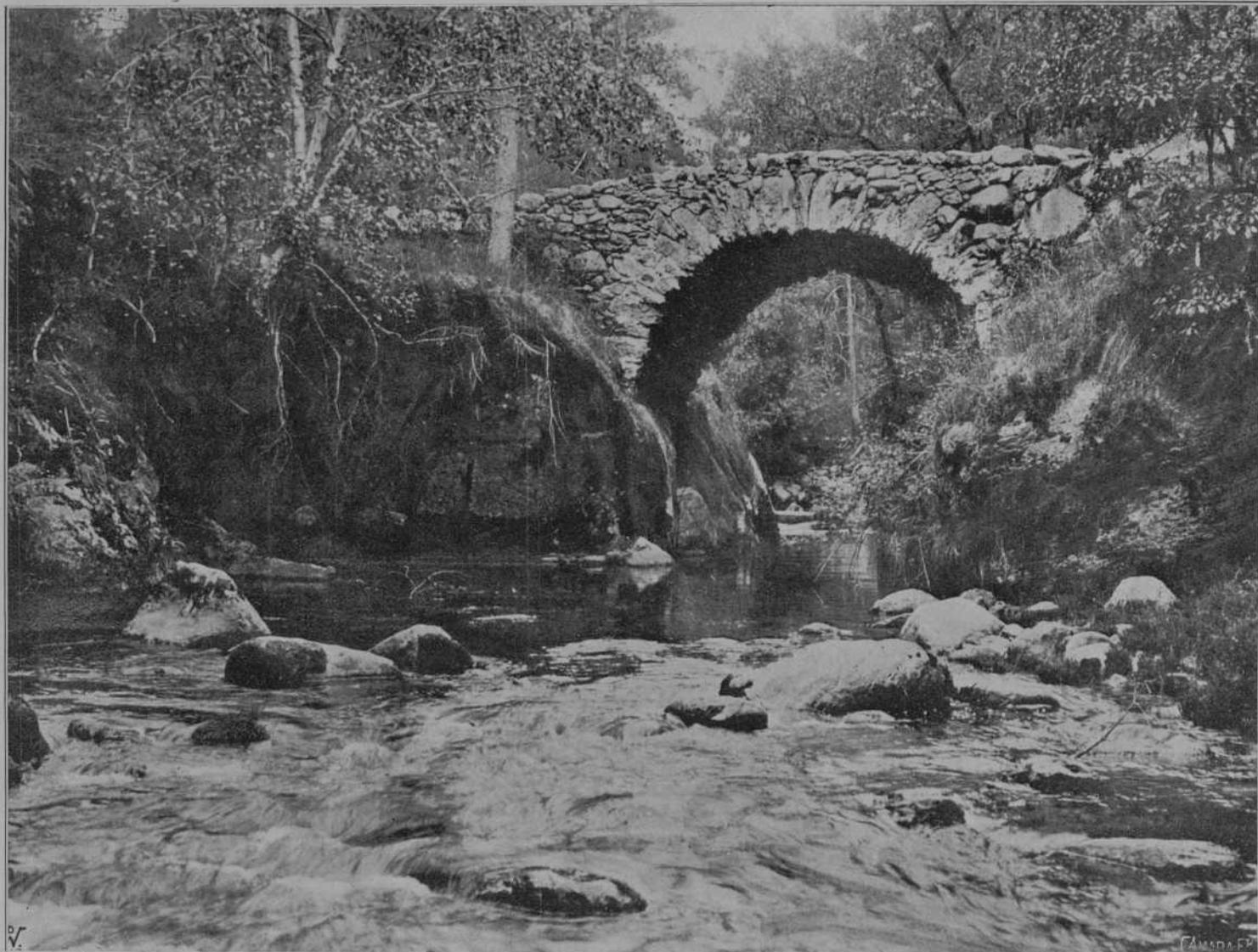
AURELIO BAIG BAÑOS





Fragmento del cuadro «El tocado de Venus», cuadro de Albano, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA SIERRA PINTORESCA



Puente del Lozoya, en El Paular



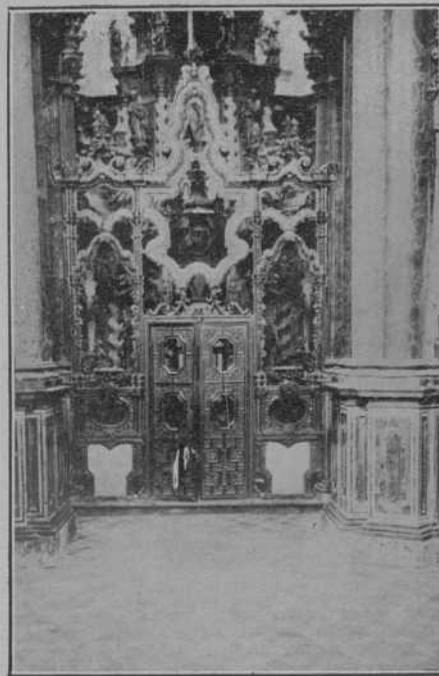
Monasterio de El Paular.—Un rincón del jardín

COMIENZA la Primavera, y con ella el tiempo de las excursiones reivindicadoras de la fama de los contornos de Madrid; todo consiste en llevar los contornos un poco más lejos de la cuesta de San Vicente y de los Cuatro Caminos. Afortunadamente, hace mucho tiempo que los madrileños decidieron salvar atrevidamente esas fronteras, y aunque el espléndido Guadarrama no esté aún al alcance de todos y ser urgente la construcción de los ferrocarriles de montaña, tantas veces anunciados, tampoco es ya aquel país remoto á que parecía tan difícil llegar, que sólo podían conocerle una docena de intrépidos excursionistas.

El Paular es, dentro de una combinada serie de bellezas que la sierra del Guadarrama ofrece á sus visitantes, un lugar de elección; pero, desgraciadamente, no es de los que tienen ya fácil acceso.

Por su belleza natural y por el admirable Monasterio, que por sí sólo justificaría un viaje aún más penoso que el requerido para visitarle, El Paular debería haber sido, desde el primer momento, uno de los puntos de mira de los proyectistas, y, sobre todo, de los constructores de esos anhelados ferrocarriles que han de abrir definitivamente á los madrileños los paraísos del Guadarrama, de la sierra amenazadora de que antes temían constantemente la muerte y ahora esperan muchas veces la vida.

En El Paular podrán encontrar, por otra parte, lugar propio para útiles meditaciones.



Monasterio de El Paular.—Detalle del templo

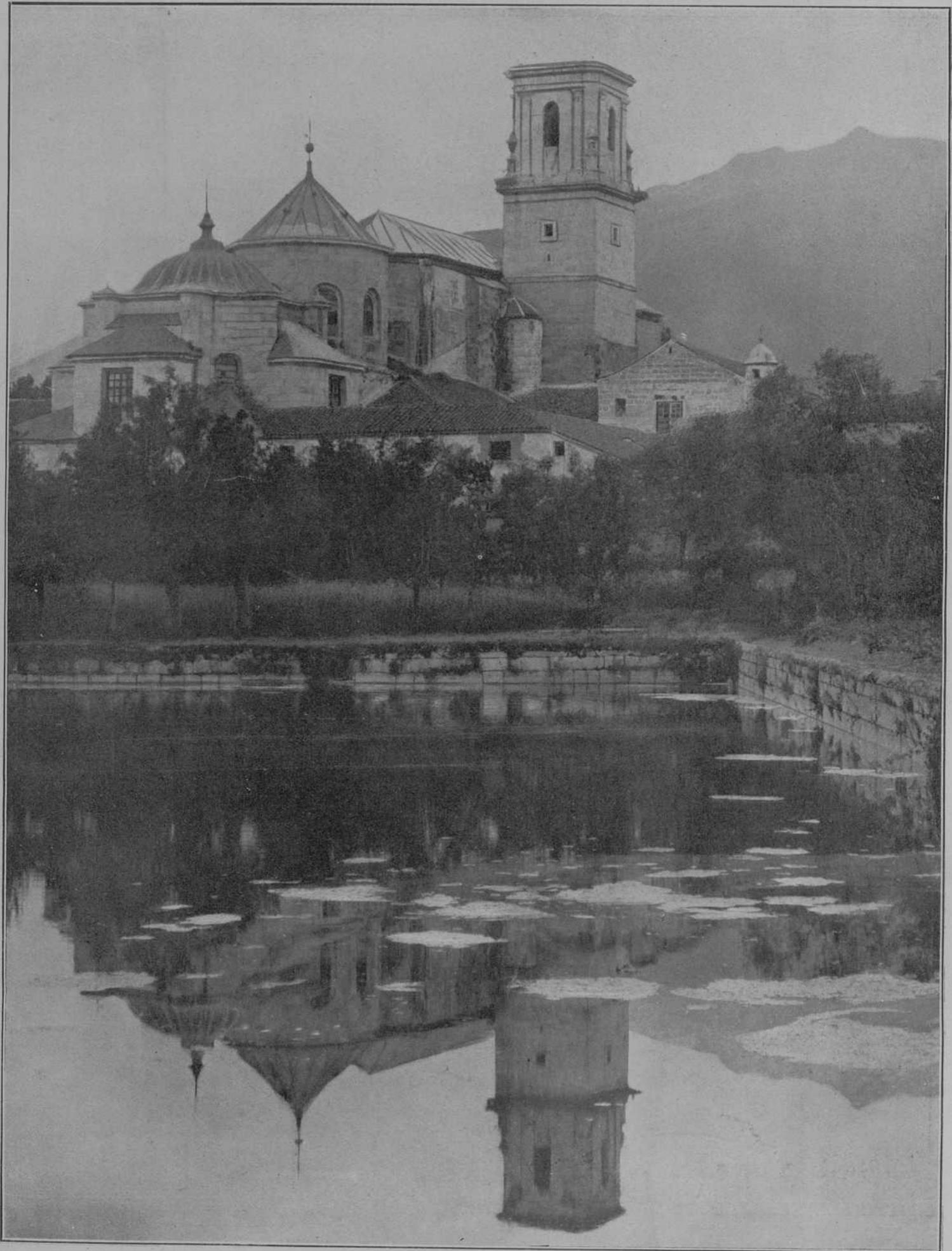
DE LA SIERRA PINTORESCA



Un rincón del cementerio de El Paular

(Fot. Wunderlic)

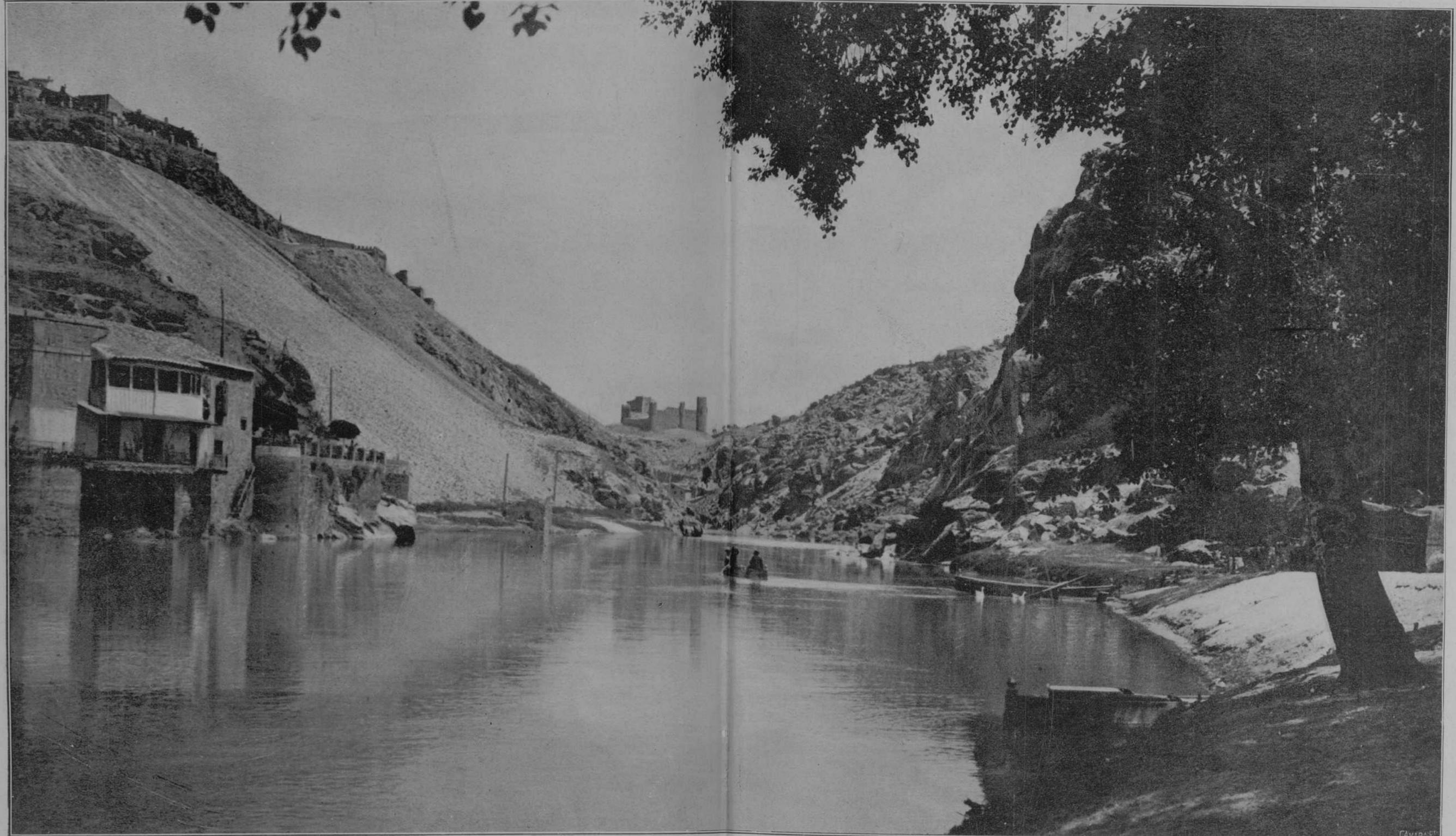
DE LA SIERRA PINTORESCA



Vista general del Monasterio de El Paular

(Fot. Wunderlich)

T O L E D O , S I E M P R E B E L L O



Vista del castillo de San Servando desde el Tajo, en el que se miran los Cigarrales

(Fot. Wunderlich)

EN LA SIERRA DE GREDOS



Arenas de San Pedro (vista general)

La sierra de Gredos comienza también á ser conocida de los excursionistas que actualmente pueden visitarla con suficiente comodidad, no como hace aún pocos años: á costa de todo género de molestias y corriendo riesgos desagradables.

Sus crestas empinadas, formadas por una serie de elevados picos que forman una prolongada silueta de más de once kilómetros de longitud, dominan bellísimos paisajes en ambas vertientes de la formidable muralla que separa las dos mesetas castellanas.

Las vertientes son muy distintas: la meridional, quizás la más bella, está cubierta de bosques de pinos, de robles y de encinas. La del Nor-



El domingo en un pueblo de la Sierra de Gredos
(Fot. Wunderlich)

te, menos forestal, es rica en pastos.

Las mayores bellezas de la sierra de Gredos se acumulan en la parte central, de que son lugares de más intensa emoción estética el circo de Gredos y los Galayos.

El fondo del Circo de Gredos está ocupado por la laguna del mismo nombre, y muy próximo está el barranco de las Cinco Lagunas.

La laguna tiene 14 metros de profundidad, y por su forma semeja á un 8. Al desaguar forma un torrente impetuosísimo. Forman el circo el Alto de los Barretones, con alturas de 2,500 metros; los de Morezón, con 2,525; el Risco del Fraile, con 2,545, separado de los anteriores por una profunda depresión y seguido de

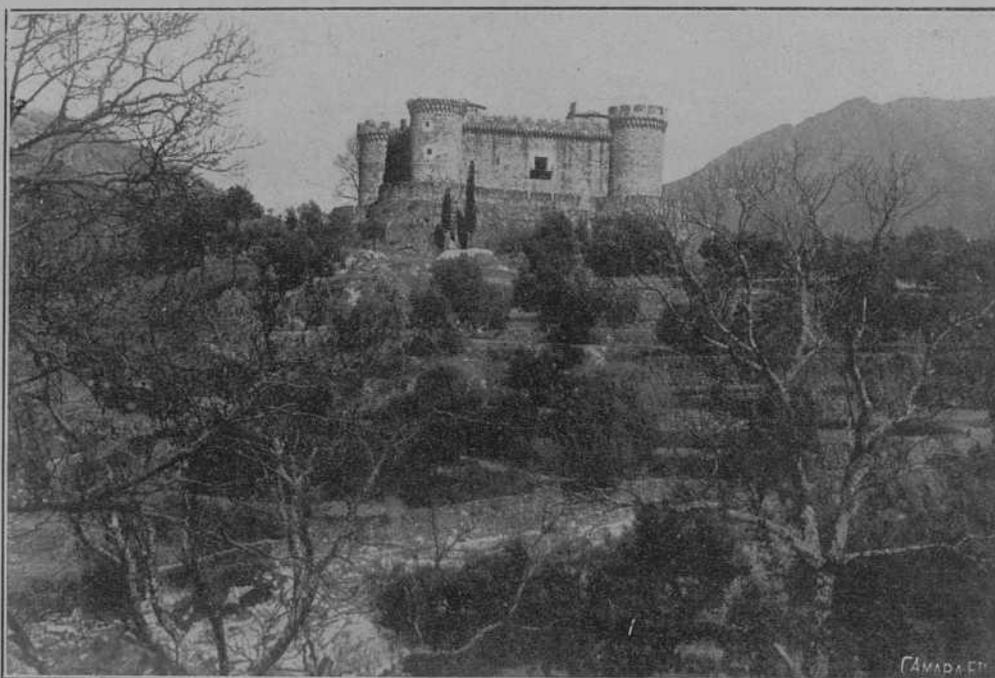
EN LA SIERRA DE GREDOS



Una fuente en Arenas de San Pedro

otra que le separa del Cuchillar del Enano y de la Ventana, á que hacen inolvidable sus tres picos característicos: los Hermanitos de Gredos, picos muy famosos; la Portilla de los Hermanitos; los Riscos del Casquerazo; la Portilla de los Machos; el Cuchillar de las Navajas; Portilla Bermeja; el Almanzor y el Cuchillar de Almanzor, al que sigue una meseta dominada por el Ameal de Pablo, el risco Moreno, el Cerro de los Huertos, con el Cerro del Sagrario, hacia el risco de las Cinco Lagunas.

En la vertiente Sur está, dando vista á la Vera, el monasterio de Yuste, donde, nadie lo ignora, fué á morir Carlos V.

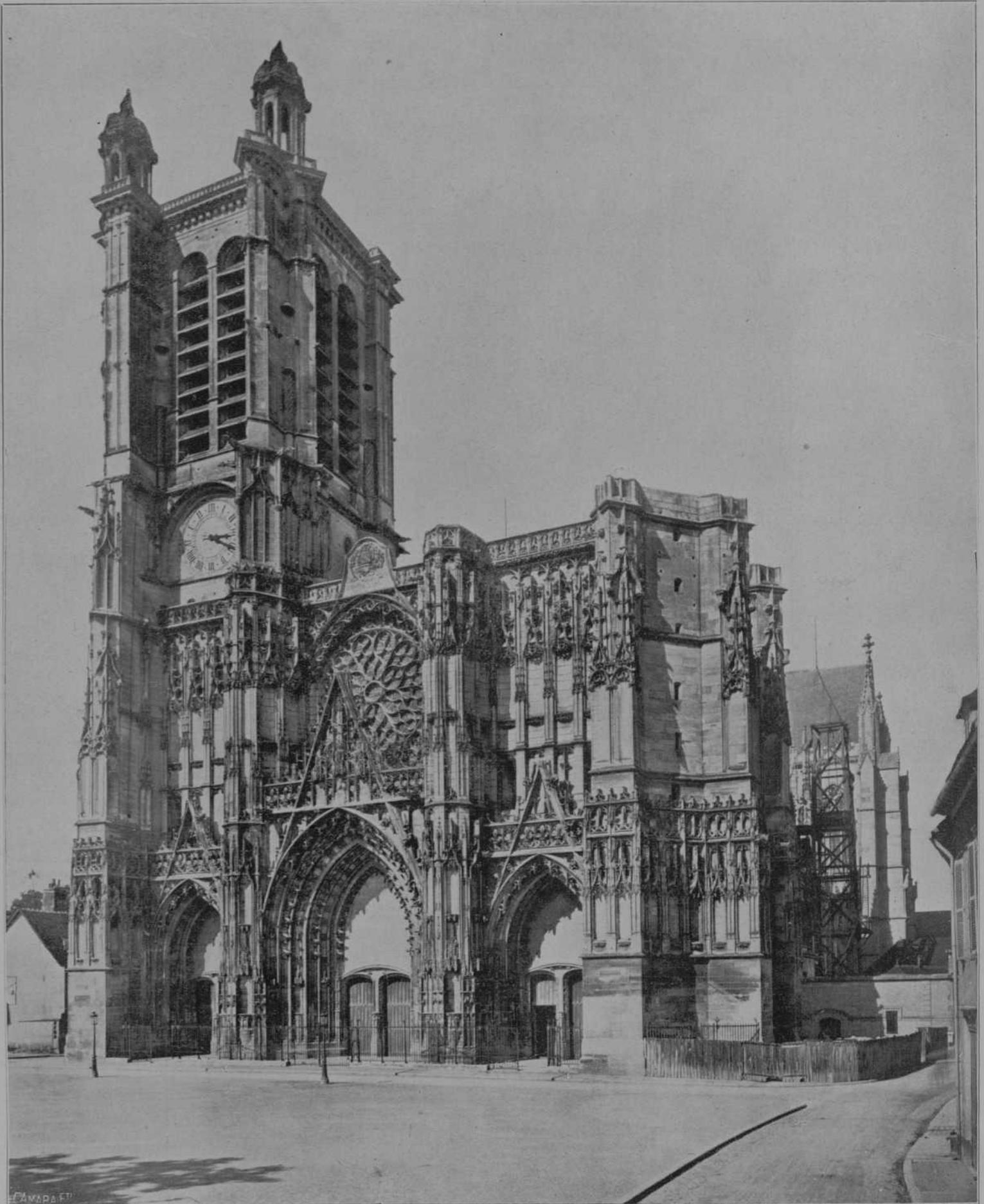
El castillo de Montbeltrán
(Fot. Wunderlich)

No solo las bellezas naturales atraen á los turistas hacia la sierra de Gredos. Aparte el monasterio de Yuste, ya mencionado, de tanto interés arqueológico como histórico, merece una visita detenida, por ejemplo, el convento de San Pedro Alcántara, donde reposa el reformador de la Orden franciscana.

La capilla de ese convento es obra de Ventura Rodríguez, que utilizó preferentemente mármoles diversos.

El convento está á tres kilómetros de Arenas de San Pedro, pueblo muy bello situado en la vertiente meridional de Gredos, que puede ser admirable y cómodo centro de excursiones por aquellos parajes.

LAS CATEDRALES GÓTICAS DE FRANCIA



Catedral de Troyes

FANTASIAS
DON SEGUNDO ADAN
Y DOÑA EVARISTA

De repente, cuando se celebraba en todo el mundo el aniversario del fallecimiento del padre del Soldado desconocido, el mundo cayó en el espacio, falto de los sostenes magnéticos, y se produjo la inmensa catástrofe.

Sin embargo, entre las vigas de hierro, los ladrillos desportillados, los adoquines y los fragmentos de madera de una de las ciudades desmoronadas, se movía trabajosamente, iba y venía de un lado para otro un ser humano. Era un caballero como de cincuenta años, á quien la hecatombe había sorprendido en el trayecto Gran-Vía-Sol del Metropolitano de Madrid. Sintióse zarandeado; oyó espantosos ruidos; el tren resbaló por un plano inclinado hacia adelante, luego hacia atrás; fundióse la luz eléctrica, y cuando todo quedó en calma y pudo salir del vagón, entre los vidrios hechos añicos, encendió una cerilla y vió en la chapa de la estación: «Chamberí.»

—Me he equivocado—pensó.
Pero como se le acabaron las cerillas y no llegaba ningún otro tren, subió á la superficie y se encontró con que nada existía sobre la Tierra.

—¡Ah, sí!—se dijo—. Ahora me acuerdo que en el A B C de ayer se anunciaba un terremoto. Desdobló el periódico, y ya á plena luz del día leyó:

«El observatorio de Massachusset (Estados Unidos) anuncia para mañana el fin del mundo. Es la treinta y seis vez que dicho observatorio anuncia el exterminio de este planeta, tres más que el observatorio de Greenwich. El Gobierno le ha concedido un premio de doscientos mil dólares, pues ha conseguido para los Estados Unidos un nuevo record.»

Convencido de que el mundo se había terminado, ya que lo decía la Prensa, el caballero se dedicó á buscar que comer. En los restos de las tiendas de ultramarinos fué encontrando víveres. Poco á poco se le desgastó el traje, y al cabo de un año se encontraba completamente desnudo.

Las semillas enterradas en la costra terrena fueron germinando, y el caballero se estableció en un bosque naciente por el que circulaba un riachuelo. Así pasaba la vida, solo y aburrido, cuando una mañana encontró frente á sí una señora rubia, vestida sólo con su cabellera; una señora jamona que lanzó un grito de júbilo:

—¡Don Segundo!
—¡Señora!—exclamó don Segundo Adán llevándose la mano al sitio del sombrero.

Pero, carente de él, no pudo saludar más que con el ademán, y aún sintió dolorosamente no estar presentable. Cerradas todas las peluquerías por fuerza mayor, don Segundo Adán era una lastimosa catarata de pelambres. Parecía con su barba hasta los pies y sus mechones espesos, el anuncio de un específico contra la calvicie. Estaba hecho un verdadero Adán.

—¡Qué alegría encontrarle, don Segundo! ¿Ya no se acuerda usted de mí? Soy la vecina del tercero derecha, la viuda del vista de Aduanas, Evarista Rodríguez.

—Sí..., señora...—balbuceó el señor Adán, confuso.

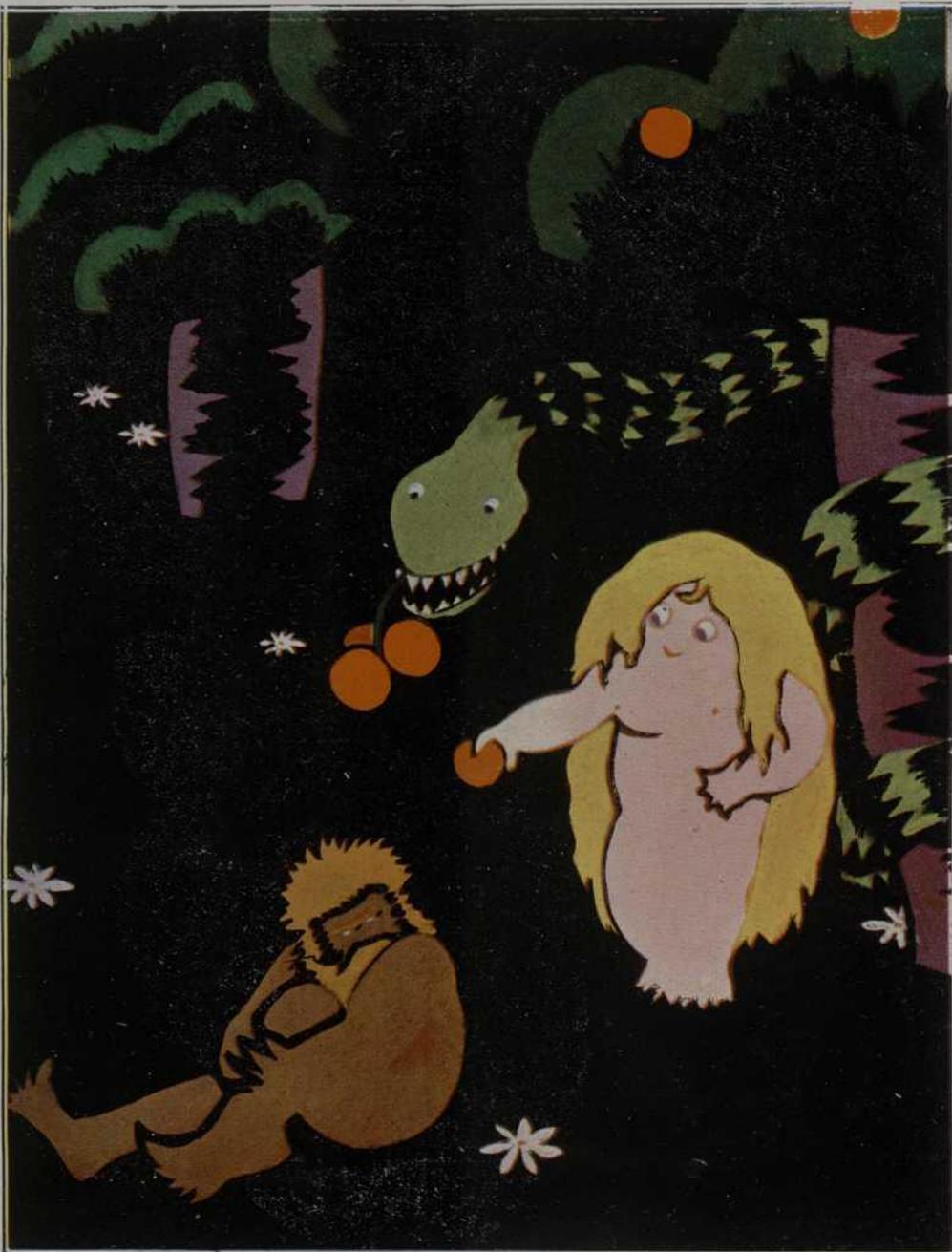
—Ya sabrá usted lo que ha pasado. Los anarquistas pusieron una bomba tan grande, que voló toda la Tierra. La he recorrido enterita, y no hay más seres vivos que usted y yo.

—Eso creo—repuso don Segundo, procurando encontrar algo que hiciese las veces de traje.

—No se moleste usted—se echó á reír doña Evarista—. ¿No le digo que no hay nadie? La moral, no habiendo gente, no es necesaria. Se parece á los reglamentos para regular la circulación. Sin público no hay pecado.

—De donde se deduce que el pecado de uno, en realidad, le cometen los demás.

—Tiene usted razón. Pero no divaguemos. Aquí me tiene usted que no tomo precauciones respecto á eso que llamábamos pudor. ¡Qué cambiado está todo!



—El mundo era una estupidez.
—No tanto, no tanto. Pero á eso voy. Comprenderá usted que cuando hemos quedado vivos providencialmente, será por algo.

—¿Por algo?
—¿No cree usted que tenemos una misión que cumplir? ¿No le parece casual que sobrevivan tan sólo una mujer y un hombre?

—La diré á usted...
—No me diga nada. Recuérdeme que no me miraba con tan malos ojos. Muchas veces se paraba usted en la escalera cuando yo subía, y volvía usted la cabeza...

—Pero...
—No hay pero. Hay manzana. Mire.

Don Segundo Adán volvió la cabeza y vió enroscada á un árbol una serpiente colosal.

—La he hecho con trozos de bolsillos de señora. ¿Verdad que está muy bien imitada? Ya comprenderá usted que faltaba el tercer personaje. Porque siendo usted Adán y yo Eva, la serpiente debía actuar.

Y la señora se echó á reír, mientras ofrecía á don Segundo una hermosa manzana.

—Mire usted—replicó don Segundo—, yo, la verdad, no me decido. La lección del antiguo Paraíso Terrenal ha sido muy severa. Si usted y yo volviéramos á poblar el mundo, créame que nuestra memoria no sería precisamente bendecida.

—¡Pero qué tontos son ustedes los hombres,

aunque sean sabios! Nada de una ó segunda edición de Caines y Abeles, querido amigo. ¿A quién se le ocurre ese disparate? Mis palabras anteriores eran hipócritas. Le hablé de poblar el pobre planeta destrozado en que vivimos, por si acaso sentía usted con demasiada fuerza la paternidad. Las mujeres somos—ó éramos—perspicaces y hablamos—ó hablábamos—á cada cual el lenguaje que quería oír. Estoy de acuerdo con usted. ¡Buenos iba á ponernos la gente si cometiéramos la tontería de continuar nuestra raza! ¡No! Ya han existido demasiados abogados, demasiados conferenciantes, demasiados políticos, diplomáticos, jugadores de dominó, futbolistas y aficionados á los toros. ¡Basta! La manzana que le ofrezco, querido don Segundo—fíjese bien en ella—, está pelada. ¡Todo consiste en quitar la cáscara!

En efecto, la manzana de doña Evarista estaba muy mondadita. Don Segundo se dejó convencer. Y vió que doña Evarista tenía razón.

Por eso, después de la catástrofe que destruyó la Tierra, ésta no se volvió á poblar, aunque quedaron vivos en ella una mujer y un hombre.

Lo que demuestra que Eva no era tan astuta como se dice. Una vulgar pensionista de 1928, doña Evarista Rodríguez, sabía más que ella.

TOMÁS BORRAS

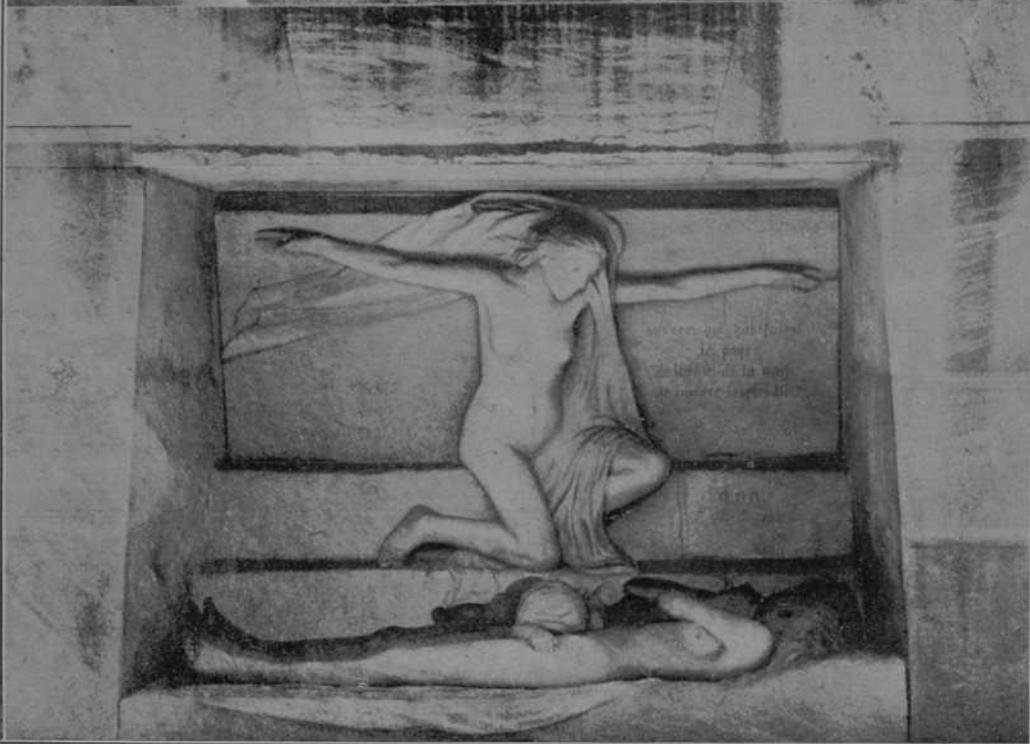
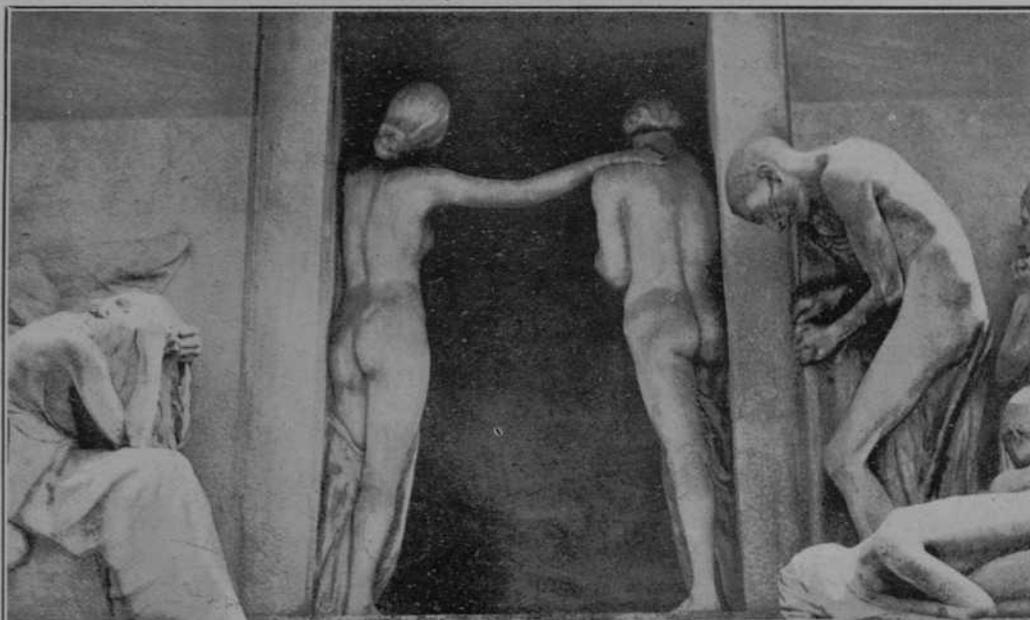
(Dibujo de Clement)

EL PATÉTICO ESCULTOR BARTHOLOMÉ

El estatuero Bartholomé poseía cuanto requiere la risueña situación del artista oficial que hubo de ser hasta su reciente óbito. Se trataba de un escultor mediocre, á quien no asistiera jamás el sentido de la escultura, y por eso disfrutó de honores y consideraciones sin tasa. Así, pues, aunque simpaticemos con el glorioso viejecito de ochenta años que iba cada mañana á las Tullerías para sonreír á los niños y á los pájaros, no puede persuadirnos su ortodoxo credo estético al gusto de cualquier Escuela Nacional de Bellas Artes. Pero hay en él otro valor que nos seduce.

Pintor corriente y moliente, discípulo de Gerome y Ménin, idólatra de Ingres, Bartholomé no había imaginado esculpir sus ideas de canónica belleza; mas cuando falleció la compañera de su juventud, quiso exteriorizar por medio de un duro bloque su aflicción, después de largo tiempo de llorar á solas, y tan profunda pena engendraría el conmovedor monumento á los muertos que inauguró en 1899 el cementerio del Pere Lachaise. Este monumento, como casi todas las obras posteriores de su autor, emana un patetismo antiesculturístico, puesto que la escultura pura, reducida al volumen simple, constituye el arte de la serenidad. Sin embargo, el patetismo ofrece un mérito indiscutible, mérito que admiramos á través de las formas impuramente traducidas por la mano del patético artista que se equivocó de arte.

Bartholomé se nos antoja un poeta, un buen poeta del dolor humano, cuya fuerza expresara luego de sufrir y de generalizar el propio individual dolor. Sus estatuas y sus composiciones derraman lágrimas, provocando también las lágrimas ajenas, conforme las provoca siempre el llanto sincero. Poco importa, á la postre, si le fallan los elementos técnicos ó si los confunde. Su corazón está ahí, por encima de normas y prejuicios, las nor-



Detalle del monumento á los muertos



«Bañista», obra del escultor Bartholomé

mas y prejuicios á que no supo su masedumbre sustraerse. Rodin, pensador ciclópeo, desvirtuó la escultura al convulsionarla, y Bartholomé, bardo elegíaco, la desvirtuaba al entristecerla. No obstante, ya supone mucho tamaño gesto, capaz de enternecer las piedras inclusive, á trueque de implicar un gesto crróneo.

Porque Bartholomé enternece á fuerza de sentirse enternecido; enternece por procedimientos que no debieran mostrarse enternecedores, que no conoce á fondo ni entiende siquiera. Desdeñando su presunta maestría profesional, muy contestable, nos rendimos á su emotivo poder irresistible, el dramatismo transfigurador del hombre al cual transfigura su drama. El ha hecho de semejante drama el drama que nos afecta á todos y todos comprendemos. Por consiguiente, si el móvil máximo del arte apunta á la emoción, concluyamos que quien nos sirve una emoción magna íntegra es un verdadero artista y aplaudamos su magnitud en la magnitud del drama unánime que interpreta á conciencia. Magnifica su canto á aquel que canta conceptos eternos, y no bucea el más allá de nuestro éxodo terreno sino quien lleva algo de eternidad consigo.

no sino quien lleva algo de eternidad consigo.

Ahora ha desenlazado el dramático intérprete su drama personal y ha traspuesto los linderos misteriosos que, mientras alentó, le obsesionaron de un modo fecundo. Al enfrentarse con la muerte, musa de su vida, habrá oído de labios de esta esfinge la clave, acaso necia, del enigma inmenso, y al desvelar la solución grata ó ingrata de sus nobles preocupaciones, habrá reposado en la meta de mil trágicas inquietudes. Sólo entonces habrá comprendido la eurtmia y cómo asimismo reposa la escultura que no llegó á percibir bien y que enlutó por ello de una angustia infinita.



«Muchacho llorando», obra del escultor patético Bartholomé

LA VIDA ARTISTICA

SOLANA Y SU VERDAD



«El ciego de los romances»

Pocos pintores tan desposados con su verdad como José Gutiérrez Solana. No está formada de mentiras ajenas, ni va contra las verdades de los demás. Se nutre del alma misma del artista, y crece aislada, fuerte, sin darse cuenta de los estorbos contrarios á ella.

A esta verdad se le ha pretendido captar para simulaciones adventicias de grupo ó de tendencia; se ha querido clasificarla para quedar tranquilos frente á ella con la calma sin ideas que producen los juicios formularios. Se le fijaron límites como si estuviera destinada á concluir en una manera ó fuese su caudal de emociones íntimas y motivos externos reducido.

Y esta verdad de Solana permanece intacta, libre en medio de las asechanzas distintas. Cada día más atrayente; pero sin perder ningún día nuevo su expresivismo antiguo. Todo en ella — impulso volitivo, acento elocuente, belleza peculiar— continúa brotando sin fatiga ni monotonía, renaciente de sí propia, segura de las etapas recorridas y las que se insinúan en el horizonte.

¿Cómo es esta verdad? ¿De qué elementales principios se forma? ¿Con cuáles caracteres se manifiesta?

Es una verdad leal con los ojos que la ven y el pensamiento que alambica la visión. Ciertamente que se busca y se sitúa con cierta obstinación electiva para obtener reacciones, estéticas y sentimentales, reiteradas. Pero precisamente por esto es una verdad y no un espejismo ilusorio ni una falsedad á sabiendas. El hom-

bre veraz pasivo tiene un eclecticismo que pudiéramos llamar flotante, ondulante en su sinceridad al servicio de los demás. El hombre veraz activo tiene una intransigencia arraigada, que permanece señera y altiva.

Y si este hombre veraz es además un artista, entonces esa verdad adquiere un sentido herético para las muchedumbres ávidas de ser engañadas por los malabaristas, por los mercachifles que juegan y comercian con las mentiras plurales y vulgares.

Así, pues, la verdad de Solana no se tuerce ni se somete. Los hitos de su trayectoria, sin perder dignidad cronológica, van señalando una madurez que no desdice ni rectifica las afirmaciones juveniles. Se podrá el día de mañana recorrer esta verdad desde los comienzos al final ó del final al principio, de arriba abajo ó desde las raíces á los más recientes brotes de las últimas ramas, sin hallar contradicción ni decadencia en las veracidades sucesivas.

(Por esto Solana en sus Exposiciones mezcla cuadros de ayer y de hoy, seguro de no lanzarlos á una controversia peligrosa.)

Los elementos que forman la verdad de Solana no se hallan únicamente en su pintura. Están en su literatura y en su vida además. Vive, pinta y escribe dentro de lo que constituye su definición artística tan vigorosamente relevada en la España contemporánea. Los libros de Solana—*Madrid callejero*, *Escenas y costumbres*, *La España negra*, *Dos pueblos de Castilla*—pintan, dibujan los lugares, las gentes, las pasiones, la atmósfera, las anécdotas—que sus cuadros y sus dibujos relatan. Deambula absorbente, olfateante, inquisitivo, él mismo con su gesto y su verbo de dureza, con traza de ayer, por cuanto luego es trasladado al libro ó al lienzo.

Leer á Solana equivale á escucharle. Y sus palabras escritas ó habladas tienen la plasticidad enérgica y responden á los temas esenciales de su pintura.

Un sabor acre, espeso, pastoso, queda al lector ó al contemplador del solanismo. Pero cuando se disipa, ¡qué profunda, qué útil, clara y rica revelación la suya! ¡Qué arribada tan feliz á



Chinos en barro esmaltado

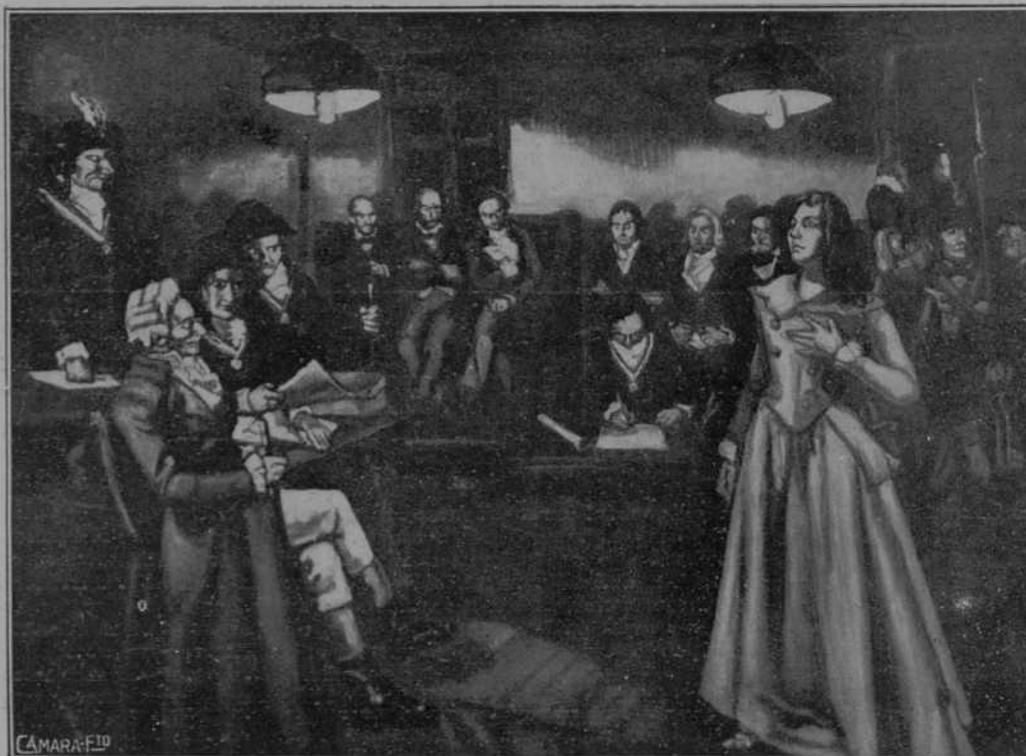
una saturación españolísima después de los senderos hispídidos y las rutas sombrías!

Ciertos libros, ciertos cuadros de los maestros del XVI ó del XVII; ciertas evocaciones de la vida madrileña turbulenta, de enérgico claroscuro en las formas, los actos y las figuras, tienen esa misma condición del solanismo. Están macizados de calidad hispánica, como las obras literarias y pictóricas de Solana. Resisten, como ellas, á las riadas de la moda adventicia y de las descaracterizaciones universalistas.

Y llegamos así á la tercera pregunta: ¿Con cuáles caracteres se manifiesta la verdad de Solana?

Con un afán imperativo y desnudo de todo artificio; con una arrogancia que diríamos quirúrgica; con una fraternidad despiadada para los motivos; con un insaciable furor genesiaco y místico. Y á veces con una ternura infinita, insospechada en quien, como Solana, analiza y diseña los modelos y reconstruye con los maniqués viejos las tallas de otros siglos, los autómatas y muñecos mecánicos, escenas vivientes de extraña inquietud, «naturalezas muertas de la humanidad atormentada».

Por lo que se refiere á las características cromáticas de esta gran verdad pictural—brotada esporádicamente en un período de enorme crisis de insinceras simulaciones y disfraces del sentimiento—, se sigue también la derivación evolutiva, pero no rectificativa, de los asuntos predilectos y del sensible es-



«El tribunal revolucionario», perteneciente al Museo Crevin de París

piritualismo. Los negros, los ocre, los grises, los blancos encenizados, lívidos ó mugrientos, han ido encendiéndose en rojos urentes, en amarillos vibrantes, en azules hondos, en verdes esmaltados, en violetas de patriado tonal. Conforme los asuntos (mancebias sórdidas, cuartos de coristas de teatro ínfimo, tabernas, salas de asilo, momentos del Rástro, lúgubres procesiones) y las figuras (ex hombres caídos en la mayor miseria, mujeres maculadas por la fealdad física y el infortunio social, chulos y mendigos, traperos y gentes de mesón ó de presidio, vijas fanáticas, mesócratas rezagados del XIX, tipos de clínica y fichero antropométrico) dejaban paso á las naturalezas en silencio con mayólicas de Oriente, con

esculturas policromadas; á los floreros alegres y decorativos, á los bodegones de cobres y vidrios brillantes, porcelanas ó muñecos bajo fanales, la paleta de José Gutiérrez Solana cambiaba.

Pero—importa insistir sobre ello—no destruía nada de cuanto aparentemente es antitético de esa nueva expresión de la sensibilidad primigenia.

En los lienzos de hace veinticinco, de hace treinta años, está ya latente el Solana de hoy. Allí, la promesa de su formidable poder de dibujante. Allí—un trozo de tela, un celaje, un cacharro, una mano, un escorzo—, la magnificencia colorista, el luminismo delicado, aunque se disfrazase de harapos y se cubriese de hollín y se charcara de pus.

Como sus máscaras enigmáticas y rudas, no siempre había detrás de la pintura agresiva ó del tema implacable una amarga rudeza sino



«Santos de pueblo»

esa finura espiritual, esa elevada jerarquía de colorista que hoy se le reconoce ya casi unánimemente á José Gutiérrez Solana.



Los anteriores escolios á la verdad de Solana han sido suscitados por su reciente exposición en el Museo de Arte Moderno. Mientras otros pintores, á quienes asusta el silencio piadoso en torno suyo y solicitan con demasiada frecuencia la opinión ajena, nos ratigan y nos hacen arrepentirnos de pretéritas benevolencias tenidas para su artificio de limitado alcance, Solana adquire siempre un aliciente inédito, sin más que añadir—no restándoles ejemplos de ayer—ocasiones de contemplar su arte.

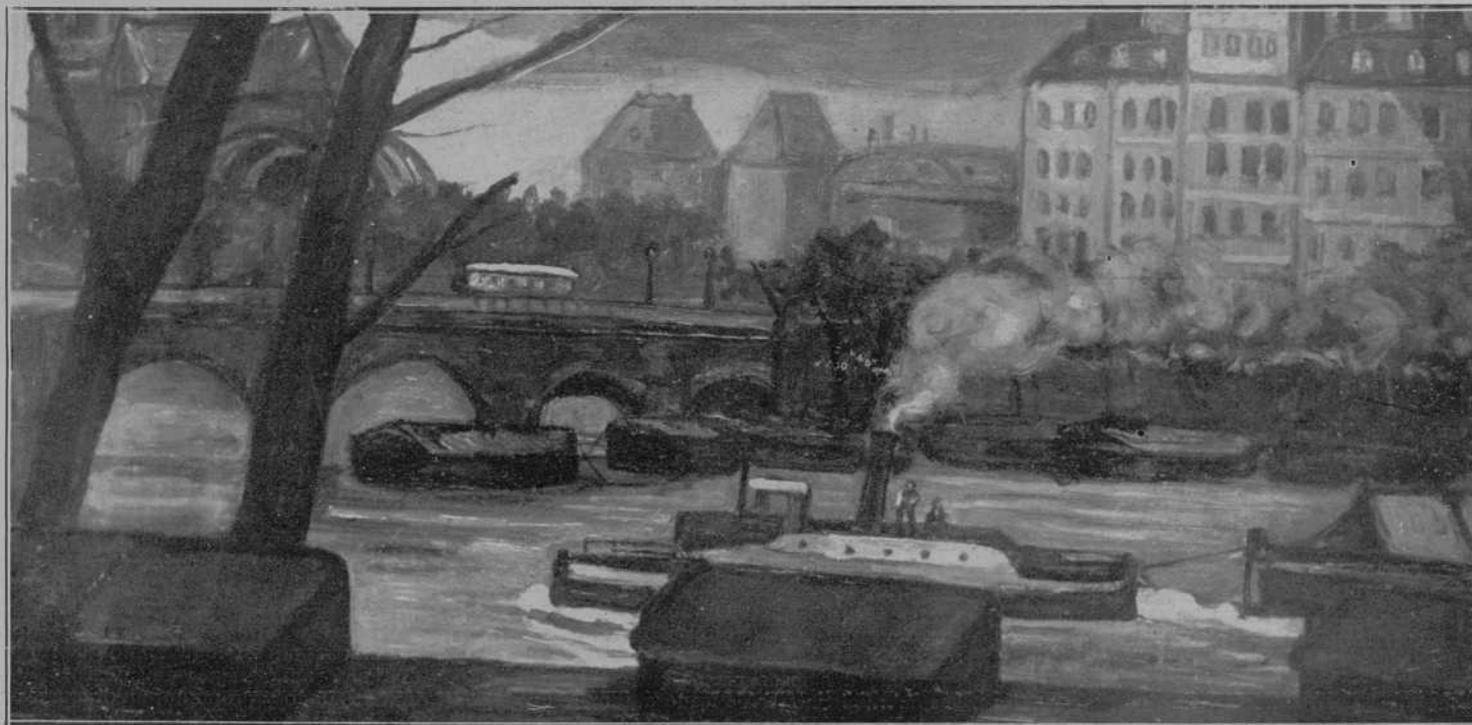
Yo, que frecuente poco los estudios de los pintores, suelo no espaciar mucho las visitas á la

Arte Moderno, la he recibido muchas veces.

Va su trayectoria segura desde *Los autómatas* al grupo de *Chinos en barro esmaltado*. Si *El entierro de la sardina* evoca al Solana de las fantasmagorías heughelanas ó goyescas, este paisaje titulado *El Sena* marca un sensitivo y espiritua-lísimo maestro de un género harto diferente. Vemos con singular complacencia otra vez escenas cuales *Las chicas de la Claudia* ó el boceto de *Las coristas*, y al lado, como el autor les quiso poner. *La vuelta del indiano*, ó el lienzo definitivo de *Las coristas*, señalan la madurez plenaria de este gran compositor de cuadros.

Y no son tan frecuentes en nuestra vida artística casos como el de José Gutiérrez Solana para que dejemos de sentirnos alegres y entusiastas de que se produzcan:

José FRANCES



«El Sena»

(Fots. Cortés)



FIGURAS...

Raymond Duncan, artista, artesano, psicólogo, publicista, conferenciante, profesor de gimnasia y fabricante de tejidos

Raymond Duncan.
pronunciando una
conferencia

EN su libro de Memorias que lleva por título *Mi vida*, y es, en efecto, una confesión padaladina y sin reservas, en sinceridad jamás igualada por mujer alguna. Isadora Duncan, la insigne evocadora de las danzas griegas y la iniciadora de las escuelas modernas de gimnasia rítmica, habla con frecuencia de su hermano Raymond, menor que ella, educado por ella, protegido por ella y llevado, como compañero y á las veces como auxiliar, en las jornadas de la vida aventurera, sobre todos los caminos del mundo...

Los párrafos de afecto casi maternal dedica-

dos por Isadora á Raymond han acudido á mi recuerdo, al sostener durante un par de horas una larga conversación con este hombre extraordinario, sin lograr hacerle hablar de su hermana y sin obtener, aprovechando todo pretexto para rezar el nombre de Isadora, sino un vago gesto de olvido ó de indiferencia...

Raymond Duncan parece querer librarse de la sombra gigantesca de Isadora, sombra que le envuelve y le oscurece, á pesar de su talento muy estimable, y á pesar de sus originalidades y sus audacias administradas con insuperable es-

píritu de *réclame*... Raymond Duncan quiere sobreponer su personalidad actual á esa especie de segunda personalidad, dominadora y absorbente, que la inmensa muerte proyecta, todavía, sobre cuanto fué algo suyo ó en ella tuvo origen...

... Y la lucha de este hombre, viejo ya, con el fantasma de inmarcesible juventud que Isadora nos dejó al término trágico de su existencia, es un drama callado y profundo: un drama de excepcional intensidad, que no se traduce en palabras y que se expresa, íntegro, con apenas el esbozo de un gesto...

Raymond Duncan vive en Francia, entre Auteuil y Niza, desde hace veintinueve años... Al amparo de Isadora adquirió, allá por mil novecientos diez, una fama de extravagancia que le clasificó entre las «curiosidades de París»: cosas y personas que el turista debe conocer... Raymond Duncan, californiano por su nacimiento, pero digno de ser newyorkino por su espíritu de empresa y de *bluff*, comenzó por abandonar el traje moderno para adoptar la indumentaria de la antigua Grecia; y paseó por las avenidas y los bulevares su clásica figura que parecía desprendida de un friso del Partenón... Esto ocurrió en los primeros años del siglo, y nunca, desde entonces, ha vuelto Raymond Duncan a vestirse a la moderna en público... En un pueblo como París, tan esencialmente *badaud* y novelero, ese detalle basta para hacer la celebridad de un hombre... Duncan comenzó a ser célebre merced a su túnica y a sus sandalias... Y sólo por llamar la atención de las gentes, sólo para *épater le bourgeois*, fueron hacia Duncan y formaron grupo en torno de él los primeros discípulos...

Entonces comenzó Duncan a desenvolver lo que él llama «su ciclo»; enseñanzas filosóficas de una extraña filosofía muy antigua a las veces, a las veces muy moderna y con frecuencia contradictoria; enseñanzas prácticas de oficios manuales capaces de crear, por la resurrección de viejos procedimientos puestos de nuevo en moda, un pequeño centro industrial; enseñanzas artísticas de un arte utilitario y convencional; enseñanzas de cultura física inspirada en temas clásicos, adaptada a los movimientos y a las actitudes que las pinturas y las esculturas griegas permiten reconstituir, pero sujeta a la norma de *utilidad y práctica* que invariablemente preside a este curioso neoclasicismo de alma yanki...

Duncan hizo construir telares semejantes a los que empleaban las mujeres de la Grecia antigua, y formó, con sus discípulos, un núcleo de obreros expertos en confeccionar, a mano, los tejidos de lino y de cáñamo olvidados por la industria moderna... Duncan resucitó, también, los procedimientos de estampado con planchas de madera grabada... Durante algunos años, tras de las lunas de una tienda del Faubourg Saint Germain, el público pudo contemplar el sorprendente espectáculo de un grupo de muchachos y muchachas vestidos como los griegos contemporáneos de Sócrates y afanados en

Raymond Duncan, durante su interpretación escénica de «Edipo»



tejer y en decorar telas con los útiles y por los procedimientos de aquel tiempo... Luego el espectáculo desapareció, porque la *réclame* estaba ya hecha, y Duncan había creado su mercado... Hoy, en sus tiendas del

Boulevard Saint Germain y de la Rue Saint Honoré, Duncan vende tejidos que no tienen ya del estilo antiguo sino la apariencia, y en los que la labor manual aparece perfectamente imitada por la máquina... Pero



«La ciudad», uno de los cuadros de Raymond Duncan, que pintaba ya cosas superrealistas cuando aún andaba el arte de avanzada por las audacias hoy clásicas de Picasso...

el público sigue creyendo en la *mise en scène* de los comienzos, y compra...

Por lo demás, para mantener su prestigio comercial, Raymond Duncan pasea por París su túnica y sus sandalias, y todos los sábados profesa filosofía en una sala vecina de la Sorbona, en pleno centro intelectual, y todos los jueves dirige su «curso de gimnasia, movimiento y dan-

za», en otra sala de la Rue Blanche, en pleno vórtice cosmopolita de Montmartre...

He dicho que Raymond Duncan tiene talento, á pesar de su espíritu comercial... He aquí algunas muestras de ese talento que aparece en las manifestaciones más diversas, y que permite á Duncan ser artista, artesano, actor, psicólogo, publicista, orador y pintor..

Duncan ha escrito un canto al Génesis, y este canto comienza así:

*Una superficie de la tierra sin agua y sin hierba.
Una superficie de la tierra, lisa, sin colinas, sin
hombres y sin animales.*

*Una superficie de la tierra ardiente, abrasadora
y encendida todavía.*

Una superficie de u
tierra, cubierta por
nubes de polvo.

Una superficie de la
tierra... El desierto
sin mañana y sin tar-
de; el desierto sin vi-
da y sin muerte; el
desierto sin límite y
sin fin; el desierto
sin agua, sin sombra
y sin esperanza.

Desierto sin viento, sin
aliento, pero no va-
cío. Hay una cosa que
aparece entre el polvo;
una cosa que no n-
cesita de límites ni
de fin; una cosa que
no necesita alimento;
una cosa que no es
hombre ni animal, ni
árbol, ni tierra; esa
cosa es la Palabra.

Y la palabra da forma
al polvo, y entra en
la boca de la forma,
y llega á su pecho, y
al salir de esa forma
es la palabra del
hombre.

Y la palabra del hom-
bre da ojos al hombre.

Y la palabra del hombre
da oídos al hombre.

Y la palabra del hom-
bre da esperanza al
hombre.

Y la palabra del hom-
bre da espíritu al
hombre.

Duncan ha escrito,
acerca de la cultura
física, libros muy inter-
resantes... Duncan ha
pintado cuadros super-
realistas cuando aún
andaban las escuelas
de avanzada por las
audacias hoy clásicas
y conservadoras de Pi-
casso... Duncan ha re-
presentado, con acier-
to indiscutible, algu-
nas tragedias como el
«Edipo» y algunos au-
tos como «Las tenta-
ciones de San Anto-
nio»... Duncan, en sus
conferencias semana-
les, consigue interesar
á un público tan difí-
cil como es el del Ba-
rrio Latino...

Duncan no es, pues,
solamente, un hombre
hábil... Es también un
artista y un pensador...
Es algo inexplicable...
Es el fenómeno que re-
sulta de mezclar por
partes iguales el espí-
ritu de la Grecia anti-
gua con el espíritu de
los modernos Estados
Unidos... Es un hom-
bre que, vistiendo la
túnica helénica y cal-
zando sandalias, va
por las calles al volan-
te de un magnífico au-
tomóvil... Es, hecha
persona, la Paradoja...
Y con todo esto, pro-
digiosamente intere-
sante...

ANTONIO
G. DE LINARES

París, 1929.



Un tema decorativo estampado por Duncan sobre sus tejidos de cáñamo, destinados á cubrir lienzos de pared



ESTAMPA DE GALICIA

PEREGRINOS

Los viejos peregrinos de barbas apostólicas rezan sobre las gradas de piedra del crucero; el sol nimba de oro sus frentes melancólicas y hay un son de campanas en la paz del sendero.

En este ambiente azul de místico retablo los romeros rezongan su plegaria sencilla, y detrás de la cruz ven los cuernos del diablo, que acecha la flaqueza de su carne amarilla.

Va cayendo la tarde... Los viejos peregrinos se alejan lentamente por los largos caminos; parpadean las luces lejanas de la aldea.

El crucero en la sombra crepuscular se esfuma y surge en un recodo, con su perfil de bruma y con dos fuegos fatuos por ojos, la Estadea.

(Dibujo de Máximo Ramos)

De noche, cuando lloran las gaitas añorantes y hay una poesía tan sedante y tan honda, según dicen las rancias consejas inquietantes, á la luz de la luna van los muertos de ronda.

Pasan junto al crucero torvos encapuchados, al ritmo de una lúgubre y extraña letanía; con tristes campanillas y hachones enlutados va augurando la muerte la Santa Compañía.

Lo dicen los estrigos y los saludadores: «Si véis el Santo Entierro en las nocturnas horas, disponed vuestro espíritu, porque el fin es certero.»

Un día, un peregrino de esclavina y bordón tuvo, al cruzar el bosque, la siniestra visión, y le hallaron difunto tendido en el crucero.

EMILIO CARRERE



Su cara
es una flor...

Una flor admirada
por el encanto de su
distinción y lozanía;
y esa finura de su
tez suave y fragante,
es un precioso don
natural conservado
y protegido por el

JABÓN HENO DE PRAVIA

El predilecto de las personas prácticas
y de buen gusto. Pasta pura y compacta,
que no se fracciona ni disgrega. Espuma
suave y cremosa, que limpia los poros
y embellece la piel. Intenso perfume,
tan íntimamente incorporado a la pasta,
que hasta la última partícula de la pastilla
lo conserva.

Pastilla, 1,25 en toda España.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

Casa en Buenos Aires: Maure, 2010-14.
Casa en Londres: Strand, 76



GLOSAS LIRICAS

JESÚS EN EL TIBERIADES

Es la maravilla azul del crepúsculo sobre el Tiberiades...

Vaivén dulce de las olas mansas que palpitan con el ritmo acompasado de los corazones.

Sangre del mundo, el mar, acribillado por los gallardetes rojos, lanzadas fulgurantes del sol que agoniza, redondo, púrpuro y terso, como el escudo de un gladiador vencido.

Y el dulce Jesús, al borde del acantilado, solo, como un águila en la cumbre, recibiendo los saetazos solares que nimban de oro su cabellera, trémulos, como una bandera de paz, por la brisa marina del véspero los blancos pliegues de su túnica nazarena...

La inefable melancolía del crepúsculo impregna su alma que arde con brasas de redención.

Frente á frente, la extensión infinita del mar y el amor infinito de su corazón. Abismo frente á abismo; las olas eternas, musicales, inapresables, y la idea de paz, de amor, de suprema justicia...

En la ribera, tras la figura erguida del Nazareno, la plebe harapienta y triste, que olvida sus miserias, deslumbrada por la promesa de un mundo mejor y más justo.

Es el momento de partir.

La violeta del cielo tiene ya tenues floraciones de lirios negros. La noche empieza á desgarrar sus velos suaves, para entregarse desnuda al sueño, sobre la tierra que la recibirá estremecida; sobre el mar, que la arrullará con su eterno zumbido de caracola...

En calma el lago y en silencio la tierra. El cuerpo saturado por el bálsamo marino y el alma esponjada de serenidad.

Y Jesús saltó á la barca de sus discípulos y les dijo:

—Vamos á la ribera de enfrente.

A la ribera de enfrente. Hacia el sol. Hacia donde la luz existía, el porvenir acechaba y la Verdad, infinita, lejana, desnuda, aguardaba su aurora.

En la popa, apoyada la cabeza en una almohada que le pusieron sus discípulos, Jesús dormía profundamente.

Dormía mecido por el latir del abismo verde, bajo el profundo azul del cielo crepuscular...

Y entonces, desde las cumbres del Hermón, el huracán desató sus ejércitos aullantes... La galerna hizo rodar sus carros de batalla... Las nubes, como odres hinchados, cubrieron el horizonte... Firmó el relámpago en el aire con sus

fabulosos batallones ululantes, y la obscuridad se hacía y otras barcas zozobraban.

Y Jesús dormía. Hasta que, en despertándole, sus discípulos le dijeron:

—Pero, Maestro, ¿á Ti no te importa que nos hundamos? ¡Señor, sálvanos, que perecemos!

Jesús, poniéndose de pie, les dijo:

—Hombres de poca fe, ¿qué teméis?

Y luego, erguido en la proa, flotante á la espalda su cabellera, rizada como una bandera su túnica nazarena, Jesús, tendiendo la mano derecha en un ademán de conminación, ordenó al viento:

—¡Calla!

Y al mar:

—¡Refrénate!

Y cesó el huracán y se extendió una gran serenidad.



trazos de fuego; tableteó el trueno, rodando sobre la tierra...

Las olas mansas, las olas rizadas, las olas que tenían balanceo de cuna y rumor de canción, se hincharon, encrespándose convulsionadas, epilépticas, con espasmos de furia... Retorcí el mar sus tirabuzones verdes; los coroné de espumas de rabia; los hizo aullar, gemir, silbar...

Y el agua invadía la barca y mojaba las vestiduras del Justo

Y Jesús dormía. El viento lanzaba sin cesar

La voluntad de nuestra vida, su razón y su fe, que están siempre en el Calvario de nuestra alma...

Y así son nuestra ansia de ideal, nuestra sed de amor y de justicia: como un Cristo que llevamos crucificado en el corazón, porque nuestra voluntad no supo gritar ¡calla!, ¡refrénate!, á las propias y á las ajenas injusticias.

JUAN FERRAGUT

(Dibujo de Santonja)



Carmen Díaz en una noche de beneficio

SEMANA TEATRAL

« NENA TERUEL »

CARMEN Díaz ha tenido el buen gusto de resucitar, para su beneficio, una obra de los hermanos Quintero que no logró en su primera salida el éxito que otras hermanas suyas. Tuvo en la época de su estreno vida efímera, y no recuerdo que después haya figurado en los carteles.

Nena Teruel, como se ha visto ahora, merecía mejor suerte, y, en realidad, ha sido una de tantas víctimas de la monomanía estrenadora de que tantas veces he hablado en estas mismas columnas y del consecutivo desdén, absolutamente injustificado, hacia todas las obras, buenas ó malas, una vez terminada la serie de representaciones que siguen inmediatamente al estreno.

Para nuestros autores y para nuestros empresarios, el repertorio no existe, y esa opinión absurda lo es tanto más cuanto mayor es la frecuencia de ensayos como el que ahora están haciendo en Apolo, desierto mientras representaban revistas nuevas y lleno desde que han vuelto al cartel las obras maestras del género chico.

Este ensayo de Apolo no es nuevo, y otros semejantes dieron, aun en condiciones desfavorables, resultados análogos. Sin embargo, el gesto de Carmen Díaz resucitando una obra olvidada es inusitado aún.

Nena Teruel es, no obstante, una obra de los Quintero y una obra que bien podemos considerar desconocida para la mayoría de los espectadores; para el caso, bien podría ser considerada como nueva, y artísticamente, es muy superior á algunas recientes de los mismos autores: sólo tenía en contra, como motivo, dentro de nuestras malas costumbres teatrales, del olvido en que yacía, el de haber sido estrenada hace muchos años.

No quiero pensar en diferencias de interpretación como causa del mal éxito primitivo; no recuerdo cuál fué la que obtuvo antaño, ni sería fácil compararla con la lograda hoy; pero si en-

tonces fué mala y pudo ser, como ahora, buena, razón de más en favor de mi teoría constante de que se imponen la supervivencia del repertorio y la revisión de los fallos del público, desfavorables á veces para comedias merecedoras de mejor suerte. Nada más injusto que condenar una comedia porque los cómicos la interpretaron mal.

Pero, lo repito, no sé, ni importa, si es ése el caso; lo que interesa es que, gracias á Carmen Díaz, *Nena Teruel* podrá figurar ahora en muchos carteles y, desde luego, persistir en el de Lara.

Su tema no es el tema vulgar y corriente del amor y el adulterio, tomados en broma ó en trágico, con todas las variantes imaginables, pero siempre igual y dando al teatro una lamentable monotonía.

En *Nena Teruel*, los amores en lucha son muy distintos: la protagonista es una actriz enamorada de su arte; pero capaz de sacrificarle casándose, por amor, naturalmente, con un ingeniero que odia al teatro; por temperamento, tal vez, al principio; pero por celos, tanto más terribles cuanto más difusa ha de ser su personalización, después.

El conflicto, planteado desde el primer momento, y que sólo en apariencia resuelve el amor de Nena á su marido, ha de surgir, y surge, forzosamente, cuando el afán de trabajo, la ambición legítima del esposo deja á la mujer demasiado tiempo para sus meditaciones, tan fáciles de convertir en nostalgias. Se hacen estallar después dos incidentes: la presencia de un antiguo amigo del marido, que fué admirador fervientísimo de la actriz y es casi un caso de teatralomanía, y la solicitud de un actor viejo y derrumbado, maestro que fué de Nena, para que ella reaparezca como actriz en una fiesta de caridad.

Como se ve, no hace falta más para engendrar un interesante estudio de pasiones y de emociones; menos vulgar que otros frecuentemente

ofrecidos al público y compatible con la pintura de caracteres en que los hermanos Quintero son verdaderos maestros.

Tipos de esos caracteres, en la comedia resucitada ahora, son, aun más que los mismos protagonistas, Nena y su marido, el de don Gaspar Espinosa, el actor viejo tan desengañado de los brillos luminosos del teatro; el de Tarazona, y el de Genara, figura episódica que sólo aparece en el epílogo de la comedia, pero que tiene, sin embargo, un relieve muy particular.

Por esas condiciones, *Nena Teruel*, sin tener, como otras obras de sus mismos autores, un diálogo construido á base de ingenio, tiene sobre ellas una superioridad: la de contenido, y una condición de igualdad con las mejores: esa pintura de caracteres á que antes aludí. Motivos más que suficientes para que todas las primeras actrices y todos los primeros actores tuvieran esa comedia en su repertorio y necesitaran, menos que ahora, pedir á los mismos autores comedias nuevas todos los días.

En la representación hecha ahora, con ocasión del beneficio de Carmen Díaz, *Nena Teruel* ha tenido, además, una interpretación excelentísima. Puede decirse que todos los intérpretes, cuál más, cuál menos, acertaron, y como era lógico se distinguieron entre ellos, en primer lugar, la misma Carmen Díaz, que tuvo en todo momento la nota justa, y emocionándose logró emocionar al público; Leocadia Alba, admirable de naturalidad y de gracia; Simó Raso, que dió al papel de don Gaspar Espinosa la máxima autoridad, consecuencia lógica de la máxima verdad, y Bardén, que en un papel plenamente de comedia de líneas cómicas, convenció más que en otros de tono dramático.

Antonio Vico me gustó menos que otras veces, tal vez por la monotonía de tono de su labor.

ALEJANDRO MIQUIS



Vestido de «crêpe» de China color champagne, guarnecido de plisados



Vestido de «crêpe» de China color rosa pálido, sobre fondo azul

(Modelos Mignapouf)



Vestido de sport, para jovencita. Falda de lanilla y blusa de crespón

Elegancias

EN bien poco se diferencian el traje de diario y el de vestir en la primera infancia de nuestros hijos. Sólo la tela y el colorido de ésta nos indican el uso á que se destinan; por lo demás, idénticas hechuras é iguales trabajos de costura y adornos decoran los diminutos modelitos. Los trajes de vestir son de crespón de China, de seda y de *tussor*; los de diario, de linón de colores luminosos y claros; de percales de camisero, trabajados formando incrustaciones; de lanillas ó franelas inglesas ligeras, como crespón de algodón.

Los abrigos para ambos sexos son de hechura sastrer, y en tejidos de *cheviote*, *kasha* y terciopelo de lana en colores neutros.

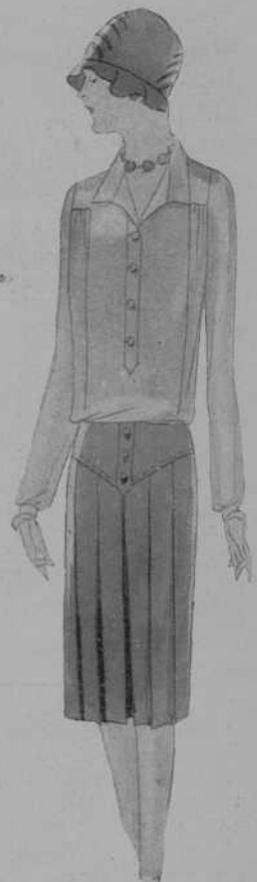
Para las niñas se hacen unos abrigos con esclavina sumamente prácticos y bonitos, y también unos *redingotes* de terciopelo de lana, que resultan muy elegantes.

Van forrados estos abrigos, generalmente, de la misma tela del vestido, y si éste lleva incrustaciones de otro tono, el mismo motivo se repite en el interior del abrigo.

Para los niños, hasta la edad de los siete años, están admitidas todas las fantasías. A los pequeños de dos á cuatro años, les va muy bien para sus juegos el pelele, hoy muy de moda. Más tarde, los juegos infantiles se tornan más violentos y entonces el modelo de dos prendas, pantalón y chaquetita, es el que parece más adecuado.

Tanto los peleles como estos otros trajecitos son de colores vivos y de telas caprichosas, que en nada difieren de las que se emplean en los vestidos de las niñas.

A partir de los siete años es cuando los varones empiezan á vestirse como pequeños hombrecitos, empleando en sus trajes tejidos y hechuras sastrer, camisas *Oxford*, corbata de rayas y medias *sport*. El clásico traje de marinero sigue estando de moda para los niños menores de diez años, pero con pantalón largo y sumamente ancho en la parte inferior. Para más vestir, quizá sea este traje el más adecuado, y si no, el de pantalón largo azul marino y blusa-camisa de crespón de China blanco, con botones dorados. El traje estival para los niños «mayorcitos» no debe ser otro que el pantalón corto, de franela inglesa ligerísima, y la camisa de rayas. Como complemento, un ancho cinturón hecho de cinta ó de cuero. Pero volvamos otra vez á los niños y niñas de



Vestido deportivo, con la falda de «crêpe marocain» azul y la blusa blanca de seda



Vestido de noche en «taffetas» color paja, con el cuerpo bordado en colores

(Modelo Mag-Helly)



Vestido de «taffetas» azul pastel (Modelo Mignapouf) (Fots. Manuel Frères)



Vestido de «crêpe georgette» y tul, bordado en color azul pavo

(Modelo Mag-Helly)



Vestido de «crêpe georgette» azul marino



Vestido de tarde, en encaje negro

corta edad, pues á éstos queremos dedicarles atención preferente en esta crónica. Lo esencial en los trajes de los pequeñuelos es la comodidad, el confort, la plena libertad de movimientos. Así, pues, para esta época que comienza, los trajes que á las nenitas convienen son los que carecen en absoluto de mangas, muy cortitos y de amplios vuelos; y las telas que deben emplearse en su confección deben ser ligerísimas y muy coloristas, de estampaciones alegres y muy infantiles en los motivos.

Tras de los rudos ejercicios al aire libre con estos trajes tan vaporosos, es necesario resguardar los frágiles cuerpecitos de las frescas brisas, y esto se consigue con unos abriguitos de *tricot* ó de *hasha* muy finos, en el mismo tono, á ser posible, que el vestidito.

Para la casa, los vestidos de los nenitos de uno y otro sexo suelen ser de cretonas muy luminosas, casi estridentes, y de formas muy sencillas, combinados con la misma tela á distinto hilo. En este aspecto se ven verdaderas preciosidades, pues una madre trabajadora que gusta de ver ataviados á sus pequeñuelos con graciosa infantilidad, no regatea su esfuerzo manual; y se da el caso que muchos de estos trajecitos de confección casera sobrepujan en primor y en gusto á los más costosos de las grandes casas de alta costura.

Las cretonas con amplios dibujos son el elemento principal de estas confecciones. Sin embargo, el hilo de un solo tono es preferido por muchas madres para los vestiditos de los niños más pequeños. Las que tienen más tiempo para dedicarlo á sus labores sacan hilos y ejecutan caprichosos dibujos á vainica ó á calado; bordan gruesos todoques con *perle*, y hacen trabajos de abeja y plisados primorosos. ¿Los colores más indicados? Todos los que están dentro de las gamas suaves y claras: rosa, azul, malva, paja, verde almendra y fresa.

ANGELITA NARDI



«Antonio Pérez recibiendo a su familia después del tormento», cuadro de Vicente Borrás.—Exposición de Bellas Artes de 1884

AL trote corto de sus dos mulas, ricamente enjaezadas, avanza la carroza de finas maderas en derechura al Alcázar, abriéndose paso por entre la gente de viso que á esa hora rúa por los contornos de la puerta de Guadalajara. Va en el vehículo un hombre de rostro agudo y cerrada barba, y de ojos vivos que miran con algo de insolencia por la ventanilla. Se toca con gorra y lleva capa, pues la volubilidad del clima madrileño, aunque la primavera se acerca, no consienten aún el ferreruelo y el sombrero, su inseparable camarada. Su gorguera es finísima, y en el cintillo de su capacete fulguran joyas. El coche se encamina al Alcázar. Un nombre surge en todos los labios: es Antonio Pérez, el secretario de Su Majestad.

El nombre brota en las bocas con dejos de



«Doña Ana Mendoza de la Cerda, princesa de Eboli», reproducción de una litografía

censura, y no ya en las plebeyas, sino en las próceres. Natural es que murmure el paño burdo del pueblo, nunca contento con su pobreza y siempre deslumbrado y atraído por la ajena fastuosidad; pero también critica la rica raja florentina de la nobleza, que cubre sus cuerpos de preclaro linaje. El tren de gran señor del funcionario predilecto de Don Felipe II, que al cabo no se trata de persona de alcurnia, antóljase á todo el mundo insultante y excesivo. El arrogante Pérez no tiene bienes que justifiquen su boato. De su padre D. Gonzalo, secretario de despacho de Carlos V, heredó el nombre probo y la habilidad burocrática, pero sin acompañamiento de fortuna considerable. Sus emolumentos reales no son bastantes á cumplir sus dispendios.

Y por si no es suficiente motivo de sospecha, que hace pensar en la dilapidación, ahí están sus amores, también objeto de comentarios entre acerbos y jocosos, con la princesa de Eboli, D.^a Ana de Mendoza y de la Cerda, viuda del príncipe D. Ruy Gómez de la Cerda, duque de Pastrana, y quien protegió á Antonio Pérez, dándole la mano en los comienzos de su carrera. La dama es ya jamona; ha tenido muchos hijos; la falta un ojo; pero conserva su belleza fascinadora, su atractivo personal, el ingenio y la gracia, y de contera es de noble estirpe. Quizá el corazón tome parte. Antonio Pérez se anda aún en los cuarenta y cinco de su vida, y la pasión en esas alturas es ya mayor de edad; acaso colabore con el erótico fuego la vanidad de ser amado por dama tan ilustre. De tal concordancia de hechos es de lo que se habla en los mentideros, en la calle, en los salones de lectura.

Todo esto flota en el ambiente; pero, como es natural, á espaldas del valido. Alguien, sin embargo, se ha atrevido á motejarle valientemente, cara á cara, y ese alguien es D. Juan de Escobedo, secretario de D. Juan de Austria, y un tiempo servidor fidelísimo del propio Ruy Gómez de Silva. Escobedo acaba de venir á la Corte; han llegado á sus oídos las murmuraciones cortesanías, que chocando con Antonio Pérez, rebotan contra el mismo monarca. Escobedo sabe de la rectitud del Rey, de su innata prudencia, de su buen juicio, y aunque extraña que mantenga á su lado al fastuoso secretario pese á su talento y destreza, rechaza las insidias que contra el Soberano se propalan. Quiere poner coto á ellas. La mejor manera es hablar con Antonio Pérez, y le increpa con ruda franqueza castellana. La voz de la verdad ofende siempre



«Felipe II», retrato pintado por Tiziano, existente en el Museo Pitti, de Florencia

al que no quiere oír. El privado monta en cólera contra lo que diputa intromisión; el odio ha echado en su pecho su primera semilla. Las leales y justas reconvenções saltan sobre el muro del secreto. Escobedo tiene las simpatías de la gente, por él mismo y por administrar á don Juan, al que todo el mundo ama. Su valor abordando lo que corre de boca en boca concluye de conquistarse.

«O-O»

La noche del 31 de Marzo de 1578 se ha entrado cerrada de horizonte y fría de ambiente. La más completa oscuridad se ciernen sobre la desembocadura de la calle Mayor. Sólo rompe las tinieblas espesas, en corto trecho, que hace más densas las restantes sombras, el farolillo de la frontera Santa María de la Almudena. Nadie discurre por el recóndito lugar, que no está, sin embargo, desierto. Cuatro hombres embozados estacionan en un callejón de miserables casuchas que baja á las huertas del Soracho, más tarde bautizado con el nombre de Pretel de los Consejos, al levantarse el palacio del duque de Uceda.

La actitud del grupo es alarmante. Están los que lo forman impacientes; miran en dirección al Alcázar. «¡Ya viene!», exclama quedo uno de los embozados. Dobla la esquina del palacio de Abrantes un hombre, también envuelto en su capa; llega descuidado al callejón. De pronto se arrojan sobre él los cuatro que esperaban, y antes de que pueda defenderse le cosen á puñaladas; luego huyen calleja abajo. Un solo grito ha lanzado el acometido. Su eco de agonía, resonando en la noche silenciosa, ha atraído á una ronda de alguaciles con su alcalde. Seis linternas que proyectan su luz sobre el cadáver. El muerto es harto conocido.

—¡Don Juan de Escobedo!—exclama, aterrorado, el alcalde.

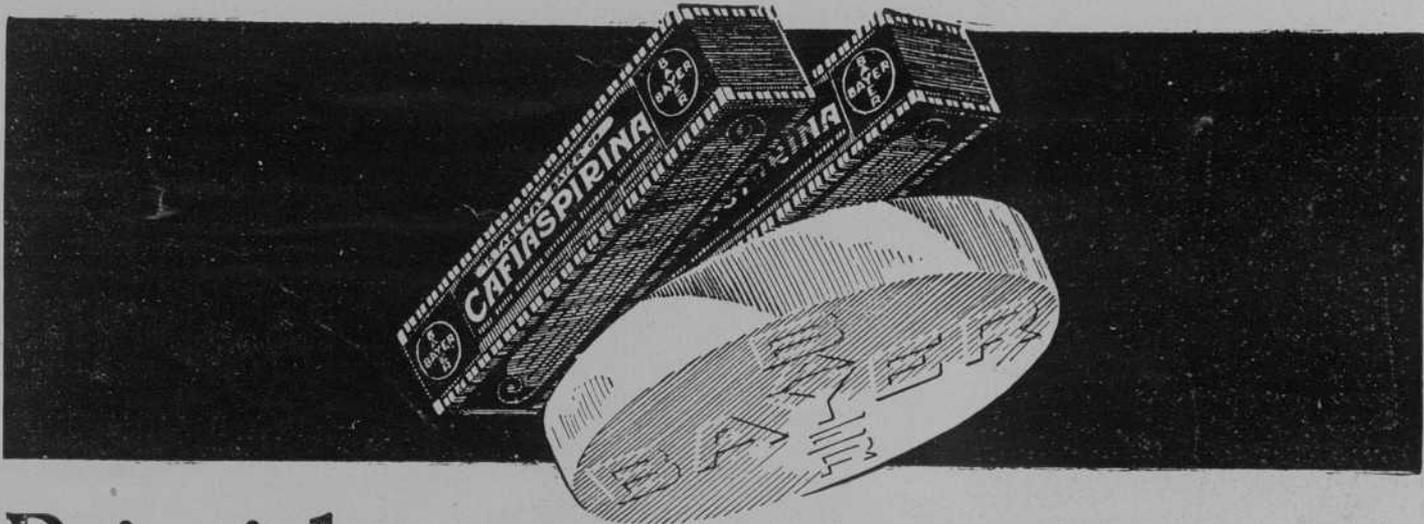
Y un nombre surge en la mente del golilla Antonio Pérez.

ALFONSO PEREZ NIEVA

UNA NUEVA APLICACION INDUSTRIAL DEL PAPEL

Prohibida por las autoridades sanitarias de Nueva York la circulación de las botellas de cristal para el envase de la leche, por considerar este procedimiento poco higiénico y expuesto á la transmisión de enfermedades, aun siendo muy escrupulosa la limpieza de dichos envases, ha sido lanzada inmediatamente al comercio por un centro industrial de dicha ciudad la botella ó bidoncito de papel; materia que, preparada convenientemente para dicho uso, es, sobre más higiénica que el cristal, en extremo más barata. El precio de cada bidoncito apenas excede de dos céntimos, no sirviendo el envase sino una sola vez, con lo que se evita el paso del mismo por muchas manos y, consiguientemente, el peligro de contagio. La adjunta ilustración presenta una serie de dichos bidones llenándose en la distribuidora automática de una vaquería norteamericana.

Aunque el empleo del papel para envases de líquidos no es nuevo en realidad, pues tanto en los Estados Unidos como en Alemania y otros países, ya se conocían las vajijas elaboradas con dicho material, es, sin duda, interesante esta nueva dirección de la industria papelera.



Rápido, seguro e inocuo

es el lema que distingue a la Cafiaspirina y hace que sea apreciada en el mundo entero contra los dolores de cabeza, muelas y oído. Su acción resulta milagrosa para cortar ataques gripales o resfriados y para aliviar las molestias particulares de la mujer.

Levanta las fuerzas sin atacar el corazón ni los riñones y no atonta como otros similares.

¡Desconfiad de las tabletas sueltas!

CAFIASPIRINA



De la España monumental



Ermita de San Miguel de Arrechinaga, en Marquina (Vizcaya)

(Fot. P. Cano Barranco)

El Matusalén de la flora.



La ciudad bávara de Staffelstein posee el árbol más viejo del mundo. Es un tilo gigantesco situado en las cercanías de la población, y cuya edad está calculada en doce siglos. Su tronco

mide á flor de tierra 24 metros de circunferencia y está al presente completamente hueco. De las dimensiones del gigantesco tilo da idea el haberse cobijado en el hueco del tronco, en 1800, durante una tempestad, el general francés Berthier y su escolta, con todos los caballos.

Libros nuevos

Siluetas históricas, por Elpidio de Mier. En este libro—viajes y descripciones—, el autor, con su estilo peculiar y sugestivo, inicia la maravillosa descripción de sus viajes con el suceso bélico del *Mariscal de Ayacucho*, y termina trazando *Remembranzas*, de su valle cántabro, en rápida excursión de Santander á Comillas. Sin duda alguna, la bibliografía española se enriquece con el presente libro de este fecundo y brillante escritor, poeta también de clásico estro, á testimonio de su *Lírica de las Españas*.

— *Diario de amor*, por Gertrudis Gómez de Avellaneda.

M. Aguilar. Editor. Madrid, 1928. Lleva el libro un prólogo de Giraldo, del que copiamos este párrafo:

«... Cartas de amor de la Avellaneda. Ellas vienen á completar la gran figura de esta escritora española nacida en América.

Y he aquí cómo estas cartas conservan, por virtualidad propia y á través de los años, el in-

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

SOMBREROS
CARMEN DE PABLO

CREACION REBOUX

Modelos de París
 Alcalá, 66
 MADRID

terés y la fragancia exquisita, que sólo podía darles la escritora admirable, la mujer atormentada y superior que fué su autora.»

— *La Raza*. Poema hispanoamericano. Por Virgilio Ares Perier.

En versos sonoros, henchidos de un ponderado hispanismo, el Sr. Ares Perier se revela como un gran poeta, revestida su inspiración con las gestas epopéyicas que perfilaron la raza.

— *No tenía corazón*, por Carmen G. Mauriño.

La autora es una gentil asturiana, que lanza al mercado de las letras esta su primera novela, en la que hallamos estimabilísimas cualidades, como honda emoción sentimental, femenina ternura, alta ejemplaridad moral, y envolviéndolo todo un hábito de inmensa piedad hacia las pobres criaturas humanas, arrastradas al sufrimiento, unas veces por la fatalidad y otras por sus propios errores y pasiones.

CASA VILCHES

GRABADOS

MARCOS

LIBRERIA DE ARTE

OBJETOS PARA

REGALOS

Avenida del Conde de Peñalver, 5

(Gran Vía)

MADRID

PRENSA GRAFICA, S. A.

Editora de "Mundo Gráfico", "Nuevo Mundo" y "La Esfera"
HERMOSILLA, 57.-MADRID ♦ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (Pago anticipado)

Mundo Gráfico

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	15
Seis meses.....	8
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	18
Seis meses.....	10
Francia y Alemania:	
Un año.....	24
Seis meses.....	13
Para los demás Países:	
Un año.....	32
Seis meses.....	18

Nuevo Mundo

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	25
Seis meses.....	15
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	28
Seis meses.....	16
Francia y Alemania:	
Un año.....	40
Seis meses.....	25
Para los demás Países:	
Un año.....	50
Seis meses.....	30

La Esfera

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas:	Ptas.
Un año.....	50
Seis meses.....	30
América, Filipinas y Portugal:	
Un año.....	55
Seis meses.....	35
Francia y Alemania:	
Un año.....	70
Seis meses.....	40
Para los demás Países:	
Un año.....	85
Seis meses.....	45

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:
Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Níger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumania, Terranova, Yugoslavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

ALFONSO
Fuencarral, 6

FOTOGRAFO
MADRID

CAMISERÍA
ENCAJES
BORDADOS
ROPA BLANCA
EQUIPOS para NOVIA

ROLDÁN
FUENCARRAL, 85
Teléfono 13.443. - MADRID

AVISO IMPORTANTE

Para Escuelas, Ayuntamientos, Diputaciones, Casinos, Sociedades, Oficinas del Estado, etc., etc.
Magnífico retrato en huecograbado de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, tirada especial, y reproducción del publicado en el número 1.791 de NUESTRO MUNDO.
Se halla de venta en la Administración de PRENSA GRAFICA, Hermosilla, 57, Madrid, al precio de 50 céntimos ejemplar, franco de porte.

CALVO
GRATIS

SECRETO para hacer crecer el pelo y bigote en poco tiempo. No confundirse con falsificaciones vulgares. Tratamiento franco. Escriba hoy mismo a la señora **GIULIA CONTE**
Via A. Scarlatti, 213
NAPOLIS (Italia)

TELÉFONOS
DE
PRENSA GRAFICA

REDACCIÓN:

50.009

ADMINISTRACIÓN:

51.017

Underwood



No titubee!
Es una maquina para toda la vida

Guillermo Troniger S.A. - Apartado 296 Barcelona

Sucursal en Madrid: Alcalá, 39

CONSERVAS TREVIANO
LOGROÑO

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS
Todos los meses empiezan clases de Inglés, Francés, Alemán é Italiano
CLASES GENERALES E INDIVIDUALES * TRADUCCIONES

SEDLITZ Ch. CHANTEAUD de París
EL MEJOR LAXANTE, PURGANTE, DEPURATIVO
ESTREÑIMIENTO, BILIS, JAQUECA, CONGESTIONES

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista :-: Dirigirse á esta Administración, calle de Hermosilla, núm. 57, Madrid

MAQUINARIA
DE UNA
FABRICA DE HARINAS

SISTEMA MODERNO
Y COMPLETAMENTE NUEVA

SE VENDE

Dirigirse á D. José Briales Ron
Puerta del Mar, 13 MÁLAGA

Lea usted todos los miércoles

MUNDO GRAFICO

30 cts. ejemplar en toda España

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

LAS MUJERES SON MAS BONITAS ESTA PRIMAVERA

y sus pies son más pequeños!

La nueva moda de esta primavera, así como la falda corta, es muy apropiada para poner de manifiesto la elegancia de un pie bonito, cuando no está desgraciado por callos, durezas, hinchazón u otros males de pies. Tales deformidades no pueden existir hoy día usando los baños de pies hiperoxigenados que se obtienen fácilmente disolviendo un puñadito de Saltratos Rodell en agua natural. Estos pediluvios resolutivos hacen desaparecer rápidamente toda hinchazón, magullamiento e irritaciones, así como toda sensación de dolor y quemazón, mientras que una inmersión más prolongada reblandece y desprende a tal punto callos y durezas que pueden quitarse fácilmente y sin dolor.

Los Saltratos Rodell remozan completamente los pies, de modo que su calzado más estrecho le parecerá tan confortable como el más usado, y aún es muy posible que, gracias á los Saltratos Rodell, pueda en lo sucesivo adoptar un calzado de una dimensión más reducida, sin sufrir jamás de los pies. De venta en todas las farmacias, droguerías y Centros de Específicos.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Diríjirse á Hermosilla, número 57.

Crème Simon



Cuidad vuestra belleza como cuidáis la salud; vuestra cara es una delicada obra de arte que debéis proteger.

La CREME SIMON

fabricada bajo fórmulas de reconocida eficacia, corrige todas las imperfecciones de la piel, y conserva su belleza, tersura y suavidad. Da blancura y pureza al cutis, y evita la formación de arrugas.

POLVOS y JABON

PARIS

Los mejores retratos
y ampliaciones **Díaz Casariego**

Fernando VI, 5, planta baja. - MADRID



DE BLUZE

CASAS EN

38, Boulevard des Italiens; 92, Boulevard Sebastopol, PARIS
NICE - LYON - VICHY - AIX-LES-BAINS

*Las imitaciones más bellas de diamantes, perlas,
piedras de color con artísticas monturas*

Soberbio catálogo á quien lo pida á 38, Boulevard des Italiens, Paris

Cooperativa de la Asociación de la Prensa MADRID

Grandes establecimientos de ultramarinos en la calle de la Libertad, núm. 13, y Goya, núm. 9 (esquina á Serrano)

GÉNEROS DEL PAÍS Y DEL EXTRANJERO

EMBUTIDOS - CONSERVAS - QUESOS - MANTECAS - POSTRES
VINOS DE LAS PRINCIPALES MARCAS

PRECIOS SIN COMPETENCIA

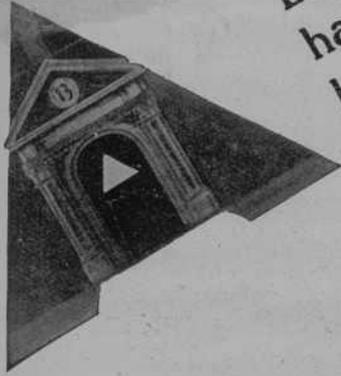
Todo comprador tiene un descuento de cuatro por ciento

Cuando vea un anuncio
que destaque entre los
demás, fíjese: debe ir
firmado así:

PUBLICITAS

VENIDA CONDE DE PEÑALVER, 13

Es un entresuelo, con veinticuatro escalones. E incluso,
hay ascensor. Pasará usted por delante de nuestros
balcones dos, tres, cuatro veces al día. Suba usted.
Podemos sermos útiles.



ELEFONO 16.375

Quince minutos después de su llamada estaremos ahí, sólo para el tiempo que usted pueda dedicarnos



ORREOS. APARTADO 911
Unas líneas en una postal bastan para ponerse en comunicación con nosotros. A nada se compromete, compréndalo y, sin embargo, puede ser el principio de una nueva etapa en su negocio.

PUBLICITAS

Organización Moderna de Publicidad

MADRID.—AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 13
TELÉFONO 16375. APARTADO 911

BARCELONA.—PELAYO, 9. TELÉFONO 16405. APARTADO 223

El deporte de los aristócratas



S

uenan las trompas una alegre tocata de caza repetida por el eco lejano. Galopan los monteros de roja librea, enardeciendo con sus gritos la jauría que ahulla y corre husmeando su presa. Amazonas y jinetes en briosos corceles vuelan tras la caza mientras el viento azota su cara. No hay mejor ocasión para lucir las cualidades personales, ni disfrute mayor que este deporte reservado a los aristócratas de todos los tiempos.

Pero los modernos, más afortunados que sus mayores, han añadido a éste un nuevo y refinado placer: conducir un Lincoln, el auto de marcha rápida y suave, deporte que, como la caza, ofrece un marco insuperable para realzar la distinción y elegancia de los que a él se entregan.

LINCOLN

AUTOMÓVILES LINCOLN - AVENIDA ICARIA, 149 BARCELONA